

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO II

✱

MADRID, VIERNES, 1 MARZO 1918

✱

NÚM. 7

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA ESPAÑA ⁽¹⁾

LITERATURA CASTELLANA.—I

La guerra que sostuvo España contra los Estados Unidos marca una profunda modificación en el desarrollo de la vida nacional, que necesariamente había de trascender al campo de la literatura. Una total renovación, en ideas y en formas, iniciase después de la guerra.

A raíz de ésta, en 1899, muere Emilio Castelar (n. en 1832), el famoso tribuno, que simbolizó durante muchos años el pensamiento español. Muy lejano de los hombres actuales, difícil es asegurar si en su obra hay algún fondo distinto del humanitarismo vago que la imitación de Víctor Hugo llevó a todas las literaturas europeas; mas él supo envolverlo todo en una elocuencia arrebatadora, que conmovía pueblos y arrastraba auditorios. Estamos como resignados hoy a la pérdida de todo lo que aquella acordada música significaba; han desaparecido en gran parte aquellos valores entendidos, y sólo queda del grande hombre el recuerdo de

su actuación en una época de la que fué a la vez producto y síntesis brillante. Algo apagada resulta junto a Castelar la figura de D. Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), historiador, novelista, erudito, poeta, pero sobre todo orador y político, cuya influencia pesó en todo el período de la restauración con fuerza indudable.

Brillo, elocuencia, arrebató, esto fué entonces lo más sonoro de la literatura viva. En el teatro, dominaba, indiscutido y glorioso, D. José Echegaray (1832-1916). Última encarnación del teatro romántico, ofrécenos el suyo, en abundancia torrencial, situaciones violentas, sacudimientos rápidos, sin que cambie en esencia cuando abandona tiempos antiguos para trasladarse a los nuestros. El héroe de *El gran Galeoto*, el de *Haroldo el Normando*, el de *En el puño de la espada*, el de *El loco Dios*, son un mismo ser que sólo cambia de traje, no de alma. Y no puede decirse que a todos dé Echegaray, sin distinción de tiempos, alma y sentido moderno, ni que se mantenga por predilección espiritual en el ambiente de épocas desaparecidas, no: los personajes

(1) No era nuestro propósito prescindir de la literatura nacional en la rápida reseña que hemos emprendido. Al hacerlo, creemos oportuno dedicarle más de un artículo, como hemos de hacer con otras literaturas europeas.

de Echegaray son mera creación de su fantasía, de la que han nacido armados de tiradas sonoras y réplicas brillantes, como Minerva de la cabeza sagrada de Júpiter. Acaso culminan entre sus obras, no por exageración de sus cualidades, sino, al contrario, por cierta moderación. *O locura o santidad*, y aquellas comedias en que su ingenio, forzado a mantenerse dentro de un nivel no muy elevado, por la naturaleza del asunto, entra en lo cómico; así ocurre, por ejemplo, en *Un crítico incipiente*. Detrás de Echegaray, una nube de discípulos se dedicó a sacudir los nervios del buen público español, muy dado al teatro, hoy lo mismo que ayer. A ninguno hemos de nombrar, aunque muchos de ellos lograron su cuarto de hora de celebridad; pero nos parecen hoy como esos trozos de espejo que deslumbran un instante, porque logran recoger, en su superficie irregular y mezquina, un destello del sol.

La poesía, entretanto, vivía de la inspiración civil, oratoria y brillante también, de D. Gaspar Núñez de Arce (1833-1903), seguido por una turba de discípulos, cinceladores del verso en periodos amplios, cuya rotundidad era lo primero que se buscaba. Fué Núñez de Arce poeta de indiscutible valor, y en las poesías de sus *Gritos de combate*, como en sus poemas cortos, la nota idílica, que sólo por excepción aparece, sirve de mero contraste a la preocupación social y religiosa. Pero Núñez de Arce, que pasó en vida por cantor de la duda, nos parece hoy uno de los poetas más reaccionarios que han existido; preocúpale el movimiento de las ideas de su tiempo, pero es para anatematizarlas. Liberal en política, fué ultra-conservador en literatura, y lo mejor del caso es que se le elogió precisamente por lo contrario de lo que era. A su popularidad contribuyó mucho un actor: Rafael Calvo, que recitaba maravillosamente, al decir de los que le alcanzaron, los poemas breves de Núñez de Arce, el *Vértigo*, en especial. El *Vértigo*, llevado al teatro, hubiera sido un drama igual exactamente a los de Echegaray. Un hermano bueno y uno malo; el malo tiene encerrado al bueno en un calabozo; una noche, siéntese movido a acabar y le

propone reñir; el bueno se niega, y prefiere morir a manos de su hermano enemigo, cuya desesperación pone fin y da título al poema. Martín Lutero aparece en otro, oyendo voces que le llaman a la rebeldía. Lord Byron, en uno de los mejores, canta su hastío del mundo y sus ansias de liberación de los oprimidos. Raimundo Lulio, ante la carne podrida de su amada, siente lo que ha de sentir el duque de Gandía ante el cadáver de la Emperatriz. Póngase todo esto en versos nada refinados, pero nunca vacilantes, y se tendrá un trasunto de la poesía que por Núñez de Arce, dominaba en las proximidades de la guerra hispano-americana.

Zorrilla, el gran poeta nacional, había muerto en 1893, y su última producción es escasa. Ibese apagando ya la voz de otro poeta, conservador en política, pero mucho más avanzado en ideas que la mayor parte de los de su tiempo, como analista agudo e implacable que era. Me refiero a D. Ramón de Campoamor (1817-1904). Sus *Doloras*, sus *Pequeños poemas*, quedaban ya muy atrás y le rodeaban de una aureola de gloria y popularidad, que hacían aún más simpática el bondadoso trato y la ancianidad venerable del poeta. Todavía su aljaba solía lanzar, de tarde en tarde, el dardo menudo de las que llamó *Humoradas*, breves sentencias, llenas de filosofía del vivir, y compendias en dos versos. Lo familiar de su lenguaje, que huía de toda ampulosidad, lo fácil de su versificación, habían dado entrada a sus versos en todos los hogares. Las revistas literarias habían ido formándose en su admiración y maestría; pero como lo sutil de su pensamiento compensaba en él lo espontáneo de la forma, y sólo ésta se hallaba al alcance de imitadores, los que siguieron literariamente a Campoamor, no sólo no llegaron a su altura, sino que trajeron la poesía en España a un estado de mezquindad en la forma y en el contenido, a que sólo en los peores años del siglo XVIII había llegado. La imitación de Bécquer, poeta sevillano muerto en plena juventud, y en cuyas perdurables *Rimas* el lirismo español se eleva más de lo acostumbrado, uniéndose a la imitación de Campoamor con resultado parecido. Todo eran ironías acerca

de la existencia, desengaños de amor, desconfianza de las mujeres, todas las cuales cruzaban ese puente

que separa
a Eva inocente de Eva pecadora,

como había dicho el maestro, y en tan trillados temas iba consumiéndose la poesía.

Notas aisladas dieron Federico Bart (1831-1907), con el libro que tituló *Dolores* (1895), elegías a una muerta; Manuel Reina (1856-1905), que cuidó la forma como un parnasiano; Ricardo Gil (1854-1907), que trajo un sentido de intimidad análogo a lo mejor de François Coppée, y Salvador Rueda (n. en 1857), andaluz, inspirado en la poesía popular y en la naturaleza de su país, que reflejó en versos llenos de color y animación, muy saboreados e imitados en seguida, primero en España, después, y sobre todo, en la América española, y que luego ha seguido otros derroteros.

El aura de la verdadera popularidad halagó por un momento el nombre de Vicente Medina (n. en 1866), poeta de un momento, que supo dar, en sus versos escritos en el habla huertana de Murcia, un eco de las amarguras y desolaciones que siguieron a la guerra, de las dolorosas escenas de la repatriación. Y, de modo más duradero, consagró a José María Gabriel y Galán (1870-1905), poeta campesino, como cantor del hogar, de la tradición y de la familia. Vale Gabriel y Galán, sobre todo por lo que ha sobrenadado de rústica espontaneidad en la imitación de formas y maneras clásicas, que fueron acaso el ideal que soñó. Bastarían aquellas cualidades nativas, que transparentan en sus mejor logradas composiciones, para darle lugar preferente en la estima y predilección de los amantes de la poesía; pero aquel prurito clásico es sin duda el fundamento de su reputación entre el vulgo, siempre gustoso de lo que le produce alguna impresión retórica, y el que hace que se elogie por igual lo que tiene pura y genuina sustancia y lo que es tan sólo hueca divagación sobre temas abstractos y lugares comunes, no ausentes nunca en la obra de aquel buen poeta. La novela, entretanto, caminaba por

los senderos del realismo español, sin que faltasen en ella ecos del naturalismo francés. Representante primordial de la tendencia española, que une el ser retrato de costumbres populares con cierta intención moral, satírica y aun literaria, era D. José María de Pereda (1833-1906), que vivió siempre lejos de la corte, en su montaña de Santander, y escribió en un español puro y castizo, algo seco, novelas regionales por el ambiente y ultramontanas por el espíritu que las anima. *De tal palo, tal astilla*, puede ser modelo acabado de su ideología.—Siglo de impiedad, de análisis, de rebeldía—parece decir—, ¿qué otra cosa puedes producir sino hijos impíos, analizadores y rebeldes? Y de sus malas obras ¿qué caerá sobre ti, sino baldón y vituperio?—Cuando se limita Pereda al tipo, a la escena, y cuando no se pone a generalizar, deja creaciones inolvidables. Es un extraordinario "costumbrista", el primero quizá de los españoles, con ser tantos los que envanecen a nuestra literatura. En su última obra importante, *Peñas arriba*, una mayor serenidad se une ventajosamente a sus demás cualidades de escritor, y bien puede citarse ese libro como su obra maestra y como una de las mejores novelas españolas de aquellos años, últimos del siglo XIX. Es Pereda, en el llamado siglo de las luces, como el espectro descarriado de un hidalgo del siglo XVII.

Una mujer de vasta cultura, de gran acometividad, se hizo heraldo de las doctrinas del naturalismo francés, defendiéndolas en polémicas muy sonoras: doña Emilia Pardo Bazán, después condesa de Pardo Bazán (n. en 1851). *Insolación* y *Morriña*, revelan cualidades que, desenvueltas y logradas en *Los pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, obras escritas ya bajo el sol del naturalismo triunfante, han de poner el nombre de su autora, con innumerables cuentos, en los que acaso esté lo mejor de su producción, en la primera fila de la literatura militante. Muy al corriente de novedades y modas literarias, en obras más recientes, como *La Quimera* y *La Sirena Negra*, muéstrase sensible a las corrientes espiritualistas que han invadido en los años últi-

mos el campo de la novela: por las páginas de los dos libros últimamente citados, entre escenas mundanas y disquisiciones metafísicas, pasan delante de nosotros

les deux Enfants divins, le Désir et la Mort.

A las mismas tendencias responde *Dulce dueño*, y parte del teatro, intentado con verdadero ardor y no coronado por el éxito en la escena, pero vivo, poderoso, interesante en la lectura. Como el teatro, todo lo ha intentado la condesa de Pardo Bazán: la lírica, la crítica, el asalto de la irreductible Academia Española. Y si no hay razones para que el público haya dejado de aplaudir los dramas de la Pardo Bazán, tampoco las tiene la Academia para negarle el puesto que con tal ahínco solicita: sólo nos damos cuenta de que así es, ante lo indiscutible de los hechos. En el léxico de la Pardo Bazán, rico, frondoso, el gusto aparece dominado por la ostentación.

A medio camino entre las tendencias realistas españolas de Pereda y los principios del naturalismo francés propugnados por la Pardo Bazán, encuéntrase una figura, un poco apartada, que goza por lo mismo de generales simpatías y del prestigio de una reputación sólida y universal: la de D. Armando Palacio Valdés (n. en 1853). Entre sus obras, traducidas en su mayor parte a los principales idiomas extranjeros, hay modelos excelentes de novela naturalista templada. Después de *Marta y María*, *La hermana San Sulpicio*, *José*, *Los majos de Cádiz* y *La alegría del Capitán Ribot*, ha intentado la novela campesina de tono épico, el idilio épico, pudiéramos decir, en *La aldea perdida*, que con sus luchas de jayanes y mineros, en una región perdida por el torrente industrial que la invade, es un remedo de los poemas homéricos y un canto a la bondad primitiva de la naturaleza. En *Tristán o el pesimismo* y en *Los papeles del Doctor Angélico*, se vuelve el autor a un idealismo cristiano, que ya se iniciaba en obras anteriores: como escritor, su manera sencilla, jovial, cordial, le hace de agradable lectura.

A este período pertenece también don Benito Pérez Galdós (n. en 1845), que es

la figura más venerable de nuestra literatura actual: en las distintas series de *Episodios nacionales* y en las que ha llamado "novelas contemporáneas" tiene el don de ver y el arte de contar. Idílico en *Marianela*, hombre partido, entusiasta y ardiente, en *Doña Perfecta*, sencillamente trágico, rodeando de una aureola el drama de nuestra vida vulgar en *Fortunata y Jacinta*, lleno de preocupaciones religiosas en *Angel Guerra*, para no citar una por una todas sus obras, es uno y multi-forme, abarca la totalidad de la vida nacional, ya en su parte dinámica, reflejada en el ciclo histórico novelesco que sin ser lo mejor de su pluma, ha venido a ser su principal título de gloria, ya en lo más inmóvil y estático de la sociedad contemporánea con sus vicios e inquietudes, con sus amores y trabajos. Vuelto más tarde al teatro, desarróllase esta fase de su actividad preferentemente en la época que sigue a la guerra, y allí hemos de hablar nuevamente de él.

Un momento de celebridad tiene el jesuita P. Luis Coloma (1851-1917) con su novela *Pequeñeces*, en que aparece retratada, a lo vivo y en crudo, la alta sociedad española de los albores de la restauración: flor de corrupción y espuma de vicio son sus marqueses y duquesas, y en el mundo que retrata todos aparecen rescellados por una tara, que, cuando no más grave, es de necia vanidad: no faltan, empero, los personajes buenos absolutamente, ni—¿cómo habían de faltar?—los tocados por la gracia y llamados a la conversión; pero, confesémoslo ya, son los menos interesantes, y aun parece que el autor mismo los ha tratado con menor esmero. Tuvo el libro, del que se dieron algunas claves, éxito sonado: sabido es que toda novela de clave tiene un escondido interés de murmuración—éxito no igualado después por ninguna obra del autor, que se consagró con preferencia a la historia anecdótica, en relatos novelescos como los dedicados a María Estuardo, a D. Juan de Austria, al marqués de Mora, a la duquesa de Villahermosa.

Una novela popular antijesuitica, *La araña negra*, hoy olvidada, hizo sonar el nombre de Vicente Blasco Ibáñez (n. en

1867), cuya pasmosa actividad se desarrolla sobremanera en el período que sigue. Hablamos aquí de él, sin embargo, porque su reputación, tan grande hoy que acaso excede, fuera de España, a la de todos nuestros escritores modernos, se adelanta en mucho a la generación siguiente. Y también porque, al tomar impulso en el naturalismo francés, tratando en sus primeras novelas asuntos valencianos, violentos, fuertemente coloreados con los procedimientos de Zola, adquiere una fisonomía que le da carácter dentro del grupo de escritores de que venimos hablando. En las novelas aludidas *Flor de Mayo*, *Arroz y tartana*, *La barraca* y también en *Cañas y barro*, del mismo espíritu, aunque posterior, ha de buscarse quizá lo más fuerte de su obra. Con mayor precipitación, casi improvisadas, las que forman su serie sociológica, *La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda*, tienen, sobre todo la última, rasgos muy vigorosos: la España aferrada a lo antiguo, las nuevas propagandas revolucionarias, la inquietud de los obreros del campo, los bajos fondos del hampa, desfilan por estos libros en un torbellino gesticulante, que el autor, político de acción en tiempos ya algo lejanos, ha podido observar y conocer directamente. Entre otros libros menores, algunos de cuentos vigorosísimos, en los que hay notas dignas de un Gorki o un Andréieff, destaca *Sangre y arena*, escrito para la exportación: el autor tiene buen cuidado de emplear los términos más llamativamente expresivos de su ambiente de toreros y bandidos, explicándolos a continuación; todos los elementos de la España pintoresca acumulanse en este libro, y es muy posible que los extranjeros hallen en sus páginas la España que fueron a buscar: a los españoles nos parece una parodia de un libro extranjero.—Blasco Ibáñez, aventurero y emprendedor, primero político de la izquierda después editor de libros populares, elegidos entre los de más avanzada tendencia social, filosófica, política y literaria, se hizo después fundador de ciudades: dos colonias suyas, en la Argentina, llevan los nombres de *Nueva Valencia* y *Cervantes*, y como novelista de una raza que busca expan-

sión en tierras nuevas, ha empezado a escribir su evangelio en *Los argonautas*, tras de la cual ha dado novelas inspiradas en la guerra presente.

A todos los escritores ya nombrados los hubo de juzgar Leopoldo Alas (1852-1901), catedrático de Universidad provinciana, que hizo famoso el pseudónimo de *Clarín*. Era hombre informadísimo, muy al tanto de las ideas estéticas y literarias de su tiempo y buen conocedor de literaturas extranjeras. De sus contemporáneos españoles fué censor implacable, favorecido en la severidad de su juicio por el forzado retiro en que le mantenía su cátedra de Oviedo, desde donde podía observar con cierta perspectiva el panorama de nuestras letras, manteniéndose alejado de la pequeñez y mezquindad de la vida literaria; pero su espíritu apasionado le llevó en ocasiones a la injusticia, con lo que ganamos, puesto que se trataba de un alma noble y recta, el alto fervor de vida que se advierte en sus escritos. Habló de muchos escritores hoy olvidados, y más que su propia labor de crítica nos interesa hoy la fuerte obra novelística que dejó: en sus libros titulados *La Regenta*, *Doña Berta*, *Su único hijo*, *El señor*, *Cuentos morales*, *El gallo de Sócrates*, han de buscarse acaso las obras maestras del naturalismo español, ha de encontrarse, de seguro, un escritor de ideas y de alma, que sabe abrir horizontes y despertar inquietudes y responder con algo más que relatos y episodios a la curiosidad de los lectores.

Crítico y novelista como *Clarín* fué don Juan Valera (1824-1905), pero su crítica, siempre cortés, tenía, aun para los mayores, un filo irónico que desvirtuaba el elogio. Sabía hablar de un libro sin penetrar en él, sin importarle lo que decía, y sin que al leerle importasen ni poco ni mucho al lector el autor y el libro que daban pretexto a Valera para exponer sus opiniones sobre un punto que le sugería la lectura del libro, o tal parecer o pasaje del autor, o simplemente el título y el aspecto exterior del volumen. Lo mismo en sus novelas, más que los hechos y los caracteres importan las ideas y las divagaciones en que abundan y el admirable castellano, templado en las más

serenas fuentes del clasicismo, en que están escritas. Clásico fué también el ideal de D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), creador de nuestra historia literaria, que no llegó a escribir por entero, aunque muchas de sus ramas y algunos de sus períodos quedaron totalmente fijados por su gusto segurísimo en cuadros llenos de briosa animación por el ímpetu y fuego de su estilo. En sus obras fundamentales, como son la *Historia de las ideas estéticas en España*, la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, publicada primero como introducción a su *Antología de poetas líricos castellanos*, en las introducciones a los *Orígenes de la novela* y a las *Obras dramáticas de Lope de Vega*, aparece un crítico elocuente, que, asentado en sólidas huma-

nidades, traza siempre, sobre una complicada armazón bibliográfica, más que síntesis y teorías, una serie de maravillosos retratos, todos con la misma fuerza y minuciosidad, los importantes y los de menor interés. No hay, para Menéndez y Pelayo, nada de menor interés: lo que tiene entre manos es lo que le solicita, y aquí está su fuerza, y aquí también, quizá, su flaco. No se ha formado solo: aprovecha y completa la labor de los eruditos e historiadores que le precedieron, casi todos menores que él en cualidades, y sigue el impulso que recibiera de su maestro D. Manuel Milá y Fontanals (1814-1884), cuya autoridad científica en nada ha disminuido con el tiempo.

E. DIEZ-CANEDO

PROLEGÓMENOS LITERARIOS AUTODIDACTISMO

Lo mismo que en los cuentos de hadas, hay en la vida habitual unos seres afortunados, arbitrariamente afortunados, en quienes los genios benéficos aglomeran cuantas especies de dichas y bondades puede concebir la imaginación. Fortuna, posición, prestigio, honra, libros, saber; todo lo encuentran fácil, equívoco y concedido desde luego.

Otros seres, al revés, son las cenicientas de la fortuna, y parece que las fuerzas malignas de la naturaleza se confabulan para que su camino sea difícil y agrio, y para que ninguna cosa posea el gusto del regalo, sino el sabor del premio; es decir, que nada logran si no es por el esfuerzo y la lucha.

En la vida literaria no escasean aquellos seres afortunados que caminan con feliz sultura, hallando a tiempo el libro que necesitan, la lección oportuna, el éxito precoz y la plena suficiencia de todos los conocimientos. También existen en la vida literaria los otros seres *difíciles*, cenicientas condenadas a tener que abrirse su camino con lucha, con dolor y con infatigable esfuerzo.

Tales son los autodidactos. El autodidacto de la categoría más desgraciada está sometido a una ley de resistencia continua; no encuentra nunca el libro necesario a tiempo, ni llega oportunamente a la ocasión, ni sabe nunca una verdad a su hora, ni recibe nada gratuitamente. Obligado a crearse su vida por sí mismo, como un robinson de la cultura, se ve trágicamente embarazado por dificultades y resistencias improbables, que él tiene que vencer y que otros encuentran ya vencidas.

El autodidacto puede ocurrir que no haya estudiado ni en Universidades ni siquiera en colegios de mediana ilustración. Ha leído al azar los libros que por acaso pasaban ante sus ojos, y sus lecturas fueron caprichosas, heterogéneas; lo científico mezclado con lo artístico y un folletín tenebroso interpolado en dos narraciones de viajes. Ha carecido de toda disciplina; no ha seguido el orden sabio y cómodo de los estudios eslabonados y ascendentes; no ha conocido el método. Como un pirata, como un trapero de la cultura, el autodidacto ha debido apresar

cualquier clase de botín y digerirlo heroicamente en su seno ávido, obscuro, rapaz y formidable.

Pero el autodidacto recibe premios gozosos que remedian en alguna forma sus infortunios. Aparte del orgullo masculino que implica toda dificultad superada por el propio esfuerzo, halla un goce especial y delirante en ese fenómeno del *hallazgo*, pero el hallazgo pleno y virtual del descubridor, del inventor y del buzo; ese hallazgo milagroso que ignoran, al menos en su potencialidad casi mística, los seres que estudian con orden, método y correlación ascendente. Porque éstos no desfloran jamás una verdad; van conociendo las verdades por jalones preparativos, y el mismo maestro, con sus indiscreciones, se encarga de insinuar y desflorar los conocimientos subsiguientes.

El buen autodidacto se equivocaría si dijese que él ha aprendido en los otros; aprende en sí mismo, y hasta cuando acepta la experiencia ajena la hace atravesar por las mallas absorbentes y ávidas de su experiencia propia. Por tanto, cabría decir que la experiencia de la generalidad es una manera de superficie sabia por donde resbalan los conocimientos y los fenómenos hasta el alvéolo central y retentivo, y allí ocupan su sitio o su estante ordenado; mientras la experiencia del autodidacto es como esas máquinas prensibles, trituradoras, que cogen las múltiples y confusas primeras materias y las absorben en aquella rugiente combinación de prensas, cilindros pinchosos, cavernas triturantes, planchas laminadoras, pozos de tinte; hasta que surge el objeto fabril, trémulo todavía por la monstruosa operación transfigurativa.

El buen autodidacto es múltiple, vario, infinito en modos y sentimientos. Descubre en sí mismo la posibilidad, el atisbo o la presunción de todas las experiencias, buenas y malas. Si esto existe en todo hombre, el autodidacto lo posee con mayor intensidad, porque su destino robinsoniano le obliga a ser más agudo, instintivo y apresador. Acostumbrado a una especie de ilegalidad cultural, haciendo el oficio del vagabundo, viviendo al margen de las escuelas, tiene el instinto de la rapacidad muy aguzado, como

el vagabundo, como el pirata o como el robinson.

Es también un caso de infatigable devenir, y realmente está creciendo y formándose todos los días como para una obra de plazo infinito. Esto le concede una maravillosa juventud creciente, sucesiva, o una suerte de juventudes. ¡Ignora tanto! ¡Necesita conquistar tanto! Se estira y crece al modo de un niño. No ve por ningún lado el límite de su edad. ¡Le queda tanto que hacer! Reformándose, añadiéndose cada día, piensa que un límite racional de vida pudiera ser doscientos, cuatrocientos años.

Hay quien sólo posee *una edad*; es el hombre que conocemos con el nombre de precoz. Siendo niño, diríase que se anticipa a su única e inexorable edad de hombre. Otros son aptos para dos, para tres edades. El autodidacto tiene la virtud de todas las edades, o casi es mejor decir que no tiene ninguna edad, sino es la edad pletórica de quien está formándose nuevamente y sucesivamente para una vida de doscientos, de cuatrocientos años.

Un nuevo viaje le descubre imprevistos aspectos de civilización. ¡Es tan vasto y variado el mundo, le quedan tantos nuevos aspectos que descubrir! Su vida se ensancha, pues, ante la necesidad de indeclinables viajes.

Ha vencido muchas resistencias. Su timidez, por ejemplo, que le hacía torpe y zurdo, va desheliéndose, y ahora puede desenvolverse con alguna soltura. El enfermizo respeto que le producía, por ejemplo, un grupo de damas rientes, ya empieza a ser vencido, y los hombres ya no le intimidan como antes. ¡Pero queda tanto por vencer! Su vida, pues, se abre, se prolonga infinitamente.

También ha podido adquirir muchas cosas, en combates agrios de todos los minutos. El dinero, los objetos amables, ciertas propiedades ambicionadas, ciertos placeres y posesiones, en fin, ya no huyen delante de sus ojos como al principio. ¡Está conquistándose a fuerza de valor cada una de las bondades de la vida! ¡Y la vida retiene aún tantas cosas deseadas!... Por eso el autodidacto no piensa en el límite de la edad; su vida es un fenómeno de infinitud.

Se siente en avío de caminante, para un viaje larguísimo, muy largo. Tan largo, ¡que siempre piensa hallarse al comienzo de la jornada!

Y son así desgraciados los que penetran en la vida como en un teatro normal, donde la comedia o el drama tendrán inevitablemente exposición, desarrollo y desenlace. A cierta latitud de tales vidas, el hombre acepta su destino y cree razonablemente que ya no le resta nada que hacer ni desear. Son los hombres de vida a lo clásico. Ya en las afueras de la madurez empieza a resignarse con la ancianidad. Buscan los cargos honoríficos, miran sin pena el aumento de su vientre,

no leen más, dan por terminada su misión.

El autodidacto concibe la vida a lo romántico. La obra teatral de su vida carece de método, y toda ella es una desproporcionada exposición. De pronto llega el desenlace, imprevisto y absurdo. ¡En efecto, nada tan absurdo como esa muerte inesperada, cuando en buena lógica hubiera debido llegar a los doscientos o cuatrocientos años!

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LOS CLÁSICOS: CICERÓN

Los escolares españoles, cuya latinidad se edificaba antaño—cuando se estudiaba latín—a fuerza de Cicerón, llegaron a dirigir a éste el apóstrofe mismo que el gran orador lanzara contra Catilina: “Quousque tandem... ¿hasta cuándo abusarás de nuestra paciencia?” La poesía misma se hizo eco de este cansancio estudiantil; y cuando Núñez de Arce, en las popularísimas estrofas del *Idilio* pinta la alegría de las vacaciones, describe a la turba académica regresando jubilosa a la aldea natal “harta de Marco Tulio”.

No hemos de hacernos solidarios de estos desahogos, porque los mismos estudiantes, años después, clérigos o jurisperitos, tenían a su cabecera el viejo y amarillo volumen ciceroniano en que la lengua latina les abrió sus secretos, y cifraban en la figura del tribuno todas las virtudes que hicieron grande a Roma. La Edad Moderna le olvidaba. En España, Menéndez y Pelayo le tradujo y conservó siempre fervorosamente el culto de quien le comunicó tal vez la cálida elocuencia que brilla en sus escritos. Un francés, Gastón Boissier, volvió casi a ponerle de moda con su libro famoso *Cicerón et ses amis*.

Marco Tulio Cicerón era volsco, natural de Arpinum, pueblecillo de donde procedía también Mario, el gran competidor

de Sila. Nació el año 106 a C., de familia de caballeros romanos. Recibió esmerada educación y fué enviado a Roma, para dedicarse a la jurisprudencia. Sus primeros pasos en la literatura fueron poesías, imitaciones de los alejandrinos; pero nunca logró fama de poeta y su obra principal en este género fué la traducción de los *Fenómenos*, de Arato.

La llamada guerra social (90-88) le llevó a las armas cuando se preparaba, asistiendo al Foro, al oficio de “orador” perfeccionándolo con reiteradas prácticas, no sólo técnicas, sino de conocimientos generales, que él juzgaba indispensables para la perfección a que aspiraba. Pero no quiso aventurarse a hablar en público hasta que tuvo bien hecho el aprendizaje, y su estreno, al defender en un asunto de intereses a Quincio, contra un adversario que tenía el apoyo del Gobierno, le puso entre las filas del partido popular. Tenía Cicerón entonces veinticinco años; uno después, el 80, la defensa de Roscio, acusado de parricidio, le dió gran renombre. Retiróse, sin embargo, de Roma, temeroso tal vez de una excesiva popularidad y del enojo de Sila, cuyo liberterto era el adversario de Roscio, y so pretexto de restablecer su salud precaria emprendió un viaje a Grecia, en donde oyó

las lecciones del retórico Demetrio y del filósofo Antioco de Ascalón. Visitó también la provincia asiática y no volvió a Roma hasta el año 77, muerto ya Sila. Entonces se aleccionó en la dicción y el ademán oratorio con los actores de más viso, se dedicó al Foro y preparó su carrera política, que comenzó cuando fué elegido cuestor en el año 76, cargo que desempeñó en Sicilia junto al propretor Peduceo. En el año 69 fué edil en Roma;

en 66, pretor urbano; tres años más tarde nombrado cónsul, des- enmascaró al conspirador Catilina, pronunciando los célebres discursos que más han hecho por su fama. Desde mucho antes había tomado partido por Pompeyo, defendiendo siempre a sus clientes y amigos, entre ellos al tribuno Cornelio, en un proceso célebre que excitó las pasiones de tal modo, que Cicerón tuvo que hablar cuatro días seguidos entre denuestos e interrup-

ciones. Apartado del partido popular por desconfianza en las exageraciones demagógicas, evolucionó hacia ideas más conservadoras. Descubierto Catilina y dominada la rebelión que él moviera, muerto el agitador en un combate, Cicerón fué honrado con el título de "padre de la patria".

Pero los demagogos no dejaron de hacerle guerra, hasta que en el año 58 el tribuno Claudio, movido por César, logró que se le desterrara. Diez y siete meses estuvo ausente de Roma, en Tesalónica y en Dyrrachium; llamado de nuevo a la capital, es nombrado augur en 53 y pro-cónsul de Cilicia en 51 y 50. Desatada la guerra civil entre Pompeyo y César, continúa fiel al primero, asiste a la batalla de Farsalia en 48, y luego se somete a César y vuelve a Roma el año 47, entregándose, en el tiempo de la dictadura de aquél, a la retórica y a la filosofía. Llega a tener gran amistad con el dictador, y a

su muerte se pone a la cabeza del partido republicano contra Antonio, a quien lanza las terribles Filípicas. Constituido el segundo triunvirato, Octavio, a pesar de que Cicerón por fidelidad a la memoria de César, le defendía, se lo sacrificó a Antonio. Las listas de proscripción aparecen encabezadas con el nombre de Marco Tulio; éste trata de huir; se embarca en As-tyra, pero el viento contrario le vuelve a tierra; pasa la noche entre dudas y angus-

tias; decide al otro día trasladarse a su posesión de Formio, próxima a Gaeta, y ve, al llegar, una bandada de cuervos. Los esclavos que le conducían en la litera, espantados, intentan llevarle hacia el mar. Llegan, en esto los soldados que llevan orden de matarle, y cuando Cicerón, asomándose a la litera, va a interpelarles, el centurión le da muerte ante la escolta, que se tapa el rostro. Era el 7 de Diciembre del 43. Por orden de An-

tonio, la cabeza y las manos de Cicerón fueron clavadas en la tribuna de los oradores.

Cicerón fué más bien tímido que valeroso; pero, en las grandes ocasiones, mostró alta presencia de ánimo. Dudó en las revueltas políticas, y evolucionó muchas veces, no más consecuente con sus ideas personales que con los partidos que abrazó.

Lo mismo que su persona, su labor fluctúa en el juicio de los críticos. Idolo de los siglos renacentistas, por su elegante latinidad, llega recientemente a perder todo crédito para historiadores como Mommsen, terrible para con él, como lo fuera el mismo Antonio. Su filosofía, en que se mezclan las doctrinas de la Academia y del Pórtico, funde en el crisol romano el espíritu griego. Hombre de múltiples aptitudes, fué, ante todo, abogado, capaz de defender cualquier causa, por el placer de la argucia y de la frase.



MARCO TULIO CICERÓN
(106-43 a. de J. C.)

Cincuenta y siete discursos enteros quedan de él, fragmentos de otros muchos y noticia de muchos más. Todos los recursos, todas las habilidades, el apóstrofe, la digresión, la insinuación, la preterición, la grandilocuencia y la malicia, son ornato de sus oraciones. No falta, sin embargo, en ellos algo que entonces se juzgaba indispensable y de que el orador no podía prescindir, algo de fórmula, muy de acuerdo con el carácter romano, que hoy extraña y disgusta. Lo personal de Cicerón, es la preparación y la cultura que aporta a la seca exposición de hechos y leyes o a la apasionada defensa del interés político. Introduce en la oratoria romana un elemento artístico que ya no se abandona después.

Sus obras de retórica, de filosofía, sus abundantísimas cartas, inapreciables para el conocimiento de la historia íntima de Roma, han tenido, tanto como sus discursos, multitud de editores, traductores, comentadores en todos los pueblos modernos. Abundan los manuscritos de todos los tiempos en que se contienen, total o fragmentariamente. La edición principal se hizo en Milán el año 1498. Las cartas son 864, en cuatro colecciones, contando en ellas 90 dirigidas a Cicerón. Los dos libros *De Inventione*, los tres *De oratore*, sus obras filosóficas, entre las que están los tratados *Tusculanae disputationes*, *De natura deorum*, *Cato maior sen de senectute*, *Laelius seu de amicitia*, *De officiis*, lograron gran influjo en la filosofía europea. De estos tratados, casi todos compuestos al fin de su vida, y de las cartas, tomamos los fragmentos que siguen.

LESER

LA AMISTAD

(De *Amicitia*, cap. V.)

Amistad no es otra cosa sino un consentimiento en todas las cosas divinas y humanas, con una entrañable benevolencia y caridad. Y es tan excelente virtud que yo no sé si otra mejor cosa fué dada por Dios inmortal al hombre sacando sola la sabiduría. Algunos precian más las riquezas; otros la buena disposición; otros la potencia; otros las honras; y muchos estiman más los

deleites. Esto último, a la verdad, es de bestias; pero aquellas otras cosas son caducas e inciertas y puestas no tanto en nuestros consejos como en la locura y mudamiento de la fortuna. Otros ponen el sumo bien en la virtud, y éstos, por cierto, son los que aciertan; pero esta misma virtud engendra y contiene en sí la amistad. Porque sin virtud en ninguna manera puede haber amistad; y esta virtud midámosla según la costumbre de nuestra vida y común hablar, y no, como algunos indoctos, con magnificencia de palabras; y pongamos en el número de los buenos aquellos que por buenos fueron tenidos, es a saber, a los Paulos, Catones, Cayos, Escipiones. Filos: con éstos se contenta la vida común y no hagamos caso de aquellos que en ninguna parte jamás se hallan. Pues entre los tales varones, tantos y tan grandes, tiene la amistad tantas comodidades y provechos, cuantos yo apenas decir puedo; porque, primeramente, ¿a quién puede ser la vida vital, como dice Enio, si no descansa en la mutua o comunicada benevolencia del amigo? ¿Qué cosa más dulce que tener un amigo con el cual oses hablar de todas tus cosas tan seguramente como contigo mismo? ¿Qué tal sería el fruto que sacarías de las cosas prósperas, si no tuvieses quien de ellas se gozase así como tú mismo? Pues las adversas difícil cosa sería de sufrir si no hubiese quien de ellas tanta y más parte tomase que tú. Finalmente, todas las cosas que se codician, cada una de ellas sirven para su efecto: las riquezas, para usar de ellas; las posesiones, para ser honrado; las honras, para ser alabado; los deleites, para gozar de ellos; la sanidad, para carecer de dolor y usar del oficio y fuerzas del cuerpo. Pero la amistad muchas cosas necesarias y provechosas tiene: donde quiera que te vuelvas está presente; nunca te falta; nunca es importuna; nunca es molesta; así, que no usamos tan comúnmente del agua, ni del fuego, ni del aire, como dicen en más lugares que de la amistad; aunque yo no hablo aquí de la común y mediana amistad, la cual así mismo place y aprovecha, mas entiendo esto de la verdadera y perfecta amistad, como fué la de aquellos verdaderos amigos que pocos se nombran. Y así, es cierto que la amistad hace más resplandecientes las cosas prósperas; y tomando parte de las adversas, y las comunicando, las hace más tolerables y livianas. Y como la verdadera amistad tenga y encierre en sí muchos y muy grandes provechos, sobre todos, sin duda, excede y es mayor éste, que florece siempre y da buena esperanza de ser adelante más provechosa. Esta no deja los ánimos caer ni aún los consiente desfallecer; y el que a su amigo ve, parece como que contempla un traslado de sí mismo. De donde proviene que estando los amigos ausentes, están presentes; siendo nobres están ricos; siendo flacos, son fuertes; y, lo que es más maravilloso, siendo

mueritos, están vivos. Porque es tan grande la honra, la memoria y el deseo que les queda a los vivos, que siempre los tienen delante. Por lo cual, la muerte de aquellos tales que van, es bienaventurada y la vida de estos que quedan, es digna de ser loada.

(Trad. de Francisco Thamara.)

LA VEJEZ HONRADA

(De Senectute, cap. IX.)

Mas debéis tener memoria cómo en todo lo que digo es mi intento loar aquella vejez que es fundada sobre buenos cimientos de la juventud; de donde se concluye lo que yo con gran consentimiento de todos afirmé, es a saber, que era miserable aquella vejez la cual solamente con palabras se defendía. No piense ninguno que las causas ni las arrugas súbitamente le pueden dar autoridad; mas la vida pasada con toda honestidad, aquella da en la vejez grandes frutos de autoridad. Y las cosas que dan honra son estas, aunque parecen livianas y ligeras: ser saludado, ser deseado, levantarse todos delante de él, ir con él, volver con él, demandarle consejo. Las cuales, en nuestra República y en otras Ciudades, según que en cada una hay mejor crianza, así son con mayor diligencia guardadas. Lisandro Lacedemonio, del cual ahora poco ha hice mención, dicen que solía decir que Lacedemonio era un muy honrado aposento de la vejez. Porque en ninguna otra parte se hacía tanto por esta edad y en lugar ninguno era la vejez tanto honrada. Y aún por memoria está asentado que haciéndose ciertos juegos en la Ciudad de Atenas, vino al Teatro un hombre anciano y en todo aquel grande asiento ninguno de todos sus ciudadanos le dió lugar; y como llegase a ciertos varones que allí estaban de Lacedemonios, los cuales eran Embajadores y tenían su asiento señalado, todos se levantaron a aquel viejo y le convidaron con el asiento. Y como todos los que allí estaban loasen aquella humanidad y cortesía, dijo entonces uno de los de Lacedemonia: "Los Atenienses bien saben lo que es bueno, mas no lo quieren hacer". Muchas buenas Ordenanzas hay en nuestro Colegio Senatorio y notables, mas principalmente sobre esto de que hablamos, que cuanto uno es mayor de edad, así tiene el primero voto y dice principalmente su parecer; y no solamente a los que tenían dignidad y oficio en la República más aún a los cónsules y capitanes eran preferidos los viejos honrados y ancianos. ¿Qué deleites, pues, a qué placeres del cuerpo se podrán comparar con premios tan excelentes de autoridad? De los cuales premios, los que honradamente han gozado, éstos me parece a mí que han acabado bien la comedia de su vida y que no faltaron en la postrimera jornada como los recitantes mal ensayados. Con todo eso, dirá alguno,

hay algunos viejos mal acondicionados, congojosos, rencillosos y mal contentadizos. Verdad es; y aún hallaremos también otros avarientos; mas, estos vicios, de las costumbres son, que no de la vejez. Aunque esta mala condición y estos vicios que dije tienen algunos excusación, no justa a la verdad, mas tal que parece tener algún color; se piensan que son tenidos en poco y que son menospreciados y escarnecidos, y, allende de esto, en el cuerpo flaco cualquier ofensa es odiosa y da pasión. Pero todas esas cosas se hacen dulces y se enmiendan con la virtud y con las buenas artes y costumbres. Lo cual se puede muy bien conocer, así por las cosas que vemos en esta vida como por aquella comedia (1) de los dos hermanos en el Terencio. ¡Cuán duro se demuestra el uno! y el otro ¡cuán blando! Así son las cosas en este mundo; porque bien así como todo vino no se rebota y hace vinagre, así también no toda edad se daña con la vejez. La gravedad apruebo en el viejo, con tal que sea templada, como todas las otras cosas; mas la asperidad y rigor en ninguna manera la apruebo. Pues la avaricia en el viejo yo no entiendo a qué fin es; ¿puede ser cosa más sin razón que cuanto a uno menos le queda en el camino, tanto más busque previsión para el camino?

(Trad. de Francisco Thamara.)

FIESTAS EN ROMA

Carta a Marco Mario, del año 693 de la fundación de Roma (55 a. J. C.)

Si por algún dolor de cuerpo o falta de salud has dejado de venir a las fiestas (2), atribuirlo he más a tu desgracia que a tu sabiduría. Mas si lo has hecho por despreciar y tener en poco las cosas que los demás mirán abobados, y, teniendo salud, no has querido venir a ellas, de lo uno y de lo otro recibo gran contento: de que estés sin dolor de cuerpo y de que tengas tan buen seso que hayas tenido en poco lo que a los demás tanta admiración les causa sin por qué. Solamente de esa quietud hayas sacado algún provecho, pues habrás podido gozar de ella muy a tu placer por haberte quedado en ese lugar deleitoso casi solo. Porque tengo por cierto que en aquel aposento de donde se ve la granja de Estabio y se descubre la de Seyo habrás pasado las mañanas en muy gustosas lecciones, al tiempo que los que te dejaron y vinieron a ver las fiestas estaban medio dormidos mirando unos muy vulgares representantes. Las demás partes del día las empedabas en los entretenimientos que tú te tomabas a tu gusto; pero nosotros habíamos de tomar con pa-

(1) Los *Adelfos*.

(2) Las que ordenó Pompeyo al abrir su teatro.

ciencia el oír las comedias que le hubiesen parecido bien a Sp. Mecio (1). En fin, si quieries que te diga la verdad, las fiestas han sido de mucha pompa pero no de tu gusto, porque hago conjetura del tuyo por el mío. Porque, cuanto a lo primero, volvieron a representar por su honra los que yo ya por su honra creí que ya se habían dejado de representar; pues nuestro amigo Esopo (2), que es tu donaire, anduvo tan frío que ya los hombres tomaran con paciencia que se deje de representar. Porque al tiempo que comenzó de hacer aquel juramento y decir aquellas palabras: "Si a sabiendas engaño" (3) enronqueció del todo. ¿Pues de lo demás ¿qué quieries que te cuente? Ya tú sabes que son las demás fiestas. Yo te certifico que no han tenido ni aún aquella gracia que suelen tener unas fiestas medianas; porque el ver tanto aparato quitaba todo el regocijo en el cual tengo por cierto que habrás tomado con paciencia el no haberlo visto. Porque ¿qué gusto te pudiera dar ver seiscientos machos en la tragedia *Clitemnestra*? ¿ni en la tragedia del *Caballo Troyano* (4) tres mil tazas? ¿o ver diferentes maneras de soldados de infantería y hombres de armas en alguna batalla? Todas estas cosas hacen estar pasmada a la gente vulgar pero a ti ¿qué gusto te podían dar? Y si tú en aquellos días le has hecho trabajar a tu lector Protógenes, hartó mayor gusto has tenido tú que ninguno de nosotros, con tal que él te haya leído cualquier otra escritura y no mis oraciones. Porque tampoco creo que se te habrá dado nada por no haber visto las fiestas griegas ni las oscas, especialmente, pues las oscas las puedes ver en nuestro senado y las griegas las aborreces tanto que aún ir a tu granja no quieries por el camino griego. Pues los luchadores ¿por qué he de creer yo que desearías tú verlos, pues nunca se te ha dado nada para los gladiadores? pues aún al mismo Pompeyo le parece que lo de los luchadores ha sido perder el tiempo y el aceite. Lo demás ha sido dos cazas en cinco días, muy ilustres, cierto, no lo niega nadie ser así, pero ¿qué contento puede recibir un hombre honrado y buen ciudadano en ver cómo hace pedazos una fiera brava a un triste hombre o cómo pasan de parte a parte a un valiente animal con un venablo? Y si esto es cosa de ver, ya tú lo has visto muchas veces; y los que lo hemos visto no habemos visto cosa de nuevo. El postrer día fué la vista de los elefantes, en el cual hubo grande admiración en la gente vulgar pero no ningún contento; antes nos movieron a todos a muy gran compasión y lástima y a tener por cierto lo que vulgarmente se dice de aquella fie-

ra que tiene con el hombre cierta comunicación de naturaleza mayor que las otras. Pues en estos mismos días, al tiempo que se representaban las comedias, porque entiendas que no solamente no he tenido contento, pero ni aún libertad, casi he reventado defendiendo en juicio a tu amigo Galo Caninio. Yo te certifico que si yo tuviese el pueblo tan poco favorable como lo tuvo Esopo, que dejaría de buena gana la abogacía de las causas y pasaría la vida con tu conversación y en la de los demás que son aficionados a lo mismo que yo soy. Porque ya antes de ahora con inclinarme a ello la mocedad y el deseo de dar gusto al pueblo y con tener libertad de defender a quien me diese gusto, y a quien no, no, con todo eso me daba en rostro; cuanto más ahora, en una vida que realmente no es vida. Porque no espero sacar provecho ninguno de mi trabajo y es un hombre forzado a defender a gente que ninguna buena obra le hicieron, por ruego de los que la hicieron. Y si así ando buscando todos los medios posibles para vivir algún día a mi contento y gusto, y te tengo a ti por dichoso porque gozas de esa quietud que a mí tan bien me parece, y tomo con paciencia el ver que nos vienes a ver pocas veces, porque aunque estuvieses en Roma son tantas mis ocupaciones que ni yo podría gozar de tu dulce conversación, ni tú de la mía, si hay en mí alguna; pero si en alguna manera yo pudiese aliviarme de ellas, que quitarme del todo no es posible, yo te enseñaré a ti mismo, que en toda tu vida no has estudiado otra cosa, qué cosa es vivir vida de contento. Tú procura de conservar esa tu corta salud y mirar por ella, como lo haces, para que puedas ir conmigo a ver nuestras granjas y caminar conmigo en la litera en buena conversación. Más prolijo he sido en esta carta de lo que suelo ser otras veces, no por estar muy desocupado, sino por quererte mucho y porque, si te acuerdas, en cierta carta me convidaste a que te escribiese una cosa así como esa, de tal manera que no te arrepintieses de no haber ido a ver las fiestas. Y si yo he salido con mi intento, huélgome mucho, y, si no, con esto, a lo menos, me consuelo que de aquí en adelante vendrás a las fiestas y me verás y no dependerá tu contento de mis cartas. Ten salud.

(Trad. de Pedro Simón Abril.)

UNA CARTA DE RECOMENDACION

A César, procónsul de Francia, año 699 de la fundación de Roma (54 a J. C.)

Mira cuán persuadido estoy que tú me eres un otro yo, no solamente en lo que a mí me toque particularmente, pero aún en lo que convenga a mis amigos. Yo tenía fin

(1) Meás Tarpa, crítico a quien Pompeyo encargó de organizar las fiestas.

(2) Actor trágico, a la sazón muy viejo.

(3) Fórmula de juramento en las tragedias.

(4) La primera de estas dos tragedias era de Accio, la segunda de Nevio.

de llevarme conmigo a Cayo Trebacio donde quiera que yo saliese, para que, con mi favor y afición, volviese a Roma mejorado en honra y en hacienda. Pero como Pompeyo se detenía mucho más en Roma de lo que yo creyera y una cierta pereza mía, que ya tú la conoces, me parecía que me estorbaba esta salida o a lo menos me enfriaba el deseo de ella, mira qué atrevimiento he tomado, que he tenido ánimo de querer que Trebacio esperase alcanzar de ti lo que confiaba alcanzar por orden mía. Y realmente que le he hecho no menos larga oferta de tu voluntad que le solía hacer de la mía, y hános sucedido un caso maravilloso que nos ha servido de testigo de mi buen crédito y de fianza de tu benignidad. Porque estando en mi casa, hablando muy en particular con nuestro amigo Balbo acerca de ese mismo Trebacio, recibí una tuya al pie de la cual me escribes estas palabras: "A Marco Orfio, el cual me encomiendas por tu carta, yo te lo haré rey de Francia o embajador de Lepta. Tú, si quieres, envíame otra persona por quien haga." Alzamos a Dios las manos yo y Balbo, porque vino tan a buena sazón tu oferta que aquello que fué no pareció cosa acaso sino guiado por Dios. Ahí te envío, pues, a Trebacio, como a hombre que, primero por mi propio motivo y después por la oferta que me has hecho, creí que te debía enviar. Querría, amigo César, que lo abrazases con tanta benignidad, que todo lo que tu voluntad te persuadiría a que por mi

amor hicieses en favor de mis amigos, lo muestres en éste, del cual te ofrezco no con aquella antigua palabra (1) de que tú con razón te reiste cuando te escribí de Milón, sino como hombre romano y de la manera que hablan los que bien entienden, que no hallarás otro que sea ni más hombre de bien, ni más virtuoso, ni más prudente. Tiene, demás de esto, una cosa que yo la tengo por la más principal: que en lo que toca a las leyes romanas está muy al cabo y lo tiene todo pronto en la memoria. Yo no te pido que lo hagas tribuno de soldados, ni que lo hagas gobernador, ni particularmente te pido que le des tal o tal cargo; lo que te suplico es que lo abracés con tu amor y liberalidad y, si te pareciere que conviene, no me pesará que le honres con esos títulos militares e insignias de esa honrilla. Finalmente todo te lo entrego de mi mano, como dicen, a esa tu mano ilustre en victorias y en fidelidad. Demasiado curioso soy en encomendártelo más de lo que tu mucha benignidad requiere; pero entiendo me darás licencia para esto. Ten cuenta con tu salud y consérvame el amor que me tienes.

(Trad. de Pedro Simón Abril.)
CICERON

(1) La fórmula indiferente de recomendación que, como muchos hombres del día, empleaba Cicerón con frecuencia.

LAS GRANDES FIGURAS DEL ARTE FIDIAS

PARA llegar a Fidias con los datos suficientes y verle con relativo provecho, hace falta una larga sumersión en el arte griego precedente y en el suyo mismo. La dificultad que esto implica trae como corolario que el goce de la antigüedad clásica sea patrimonio exclusivo de los sabios. Es muy doloroso, pero es un hecho. Hoy no podemos sentir (*sentir*) el arte heleno.

Fidias resume en sí el arte del ática postinmediato a la guerra y destrucción persas. Al decir arte del ática presuponemos el conocimiento de lo que significan las artes dórica y jónica. Muy antes de Fidias, muy antes del siglo V, allá en las vanguardias de la plástica anónima, comienzan a dibujarse dos corrientes, jónica y dórica, que luchando llegan hasta

el siglo IV; la primera es más sensual, busca el detalle gracioso y delicado; la segunda es grave, busca la calma y la fuerza. En el ática, en Atenas concretamente y en el siglo V es donde ya se funden estas dos tendencias.

No podemos sustraernos a presentar dos obras anónimas de este arte prefidíaco. La primera, de tipo jónico, es el adorable *Trono Ludovisi* (Museo Nacional de Roma). Se compone de tres relieves; en el central vemos el Nacimiento de Afrodita. La diosa emerge de las ondas sostenida por dos Horés, de posturas simétricas y vestidos leves. En los paños que forman los brazos del trono están simbolizados los cultos que recibe la diosa del Amor: el de la profesional, bailarina, cantante o hetaira, que aparece des-

nuda tañendo la doble flauta, y el de la novia recatada y pía que, severamente vestida, se acerca al hogar y quema sus granitos de incienso. El arcaísmo de esta obra coadyuva al frescor, la candidez y la gracia que encierra.

Del tipo dórico, del que se ve en las figuras femeninas del templo de Olimpia —fuertes y severas hijas del Peloponeso—, reproducimos la llamada *Vesta Giustiniani*. Una sencillez austera y una impasible calma, tanto en el semblante como en los peplos, dan la nota moral del espíritu dorio. En otras obras, como en la *Corredora Barberini* (Vaticano), se ve la otra nota esencial de este arte, la atlética, la del culto a la fuerza, exigiendo tanto a la hembra como al varón.

Estas dos manifestaciones del genio griego luchan paralelamente durante el arcaísmo; cuando éste muere y el arte entra en la edad adulta comienzan a esfumarse, para dejar paso a las personalidades. Hasta la primera mitad del siglo V el adelanto es obra colectiva, luego es hijo del esfuerzo personal. Entre los años 460 y 450 aparecen grandes figuras: Calamis, Policeto, Pithágoras y Mirón. De algunos queda solamente la memoria literaria; de otros, como Policeto y Mirón, todos conocemos sus dos obras características, por lo menos: el *Doryphoro*, llamado también el *Canon de Policeto*, y el *Discóbolo de Mirón*. Policeto une a la observación del artista el cálculo del teorizante. Educado en las tradiciones de la escuela de Argos, y peloponesio puro, logra fijar el ideal plástico del atleta. En él culmina el afán de simetría, de ritmo y medida, junto al hondo conocimiento del cuerpo humano.

Mirón, al contrario, es un individualista. Para él, el movimiento, el acto en sí mismo, era más esencial que la figura correcta. Sigue, como todos los griegos, preocupado de la forma humana, pero escoge los momentos dinámicos. Policeto y Mirón, el uno con su mesura y el otro con su dinamismo, han abierto a la escultura infinitos caminos posibles.

Y llega Fidias, el ateniense, el hijo de Charmides, y hermano pequeño del pintor Panainos. Se desconocen las fechas de su nacimiento y muerte; apenas si

hay más datos de su vida que los referentes a su amistad con Pericles, a sus años de trabajo en Atenas y en Olimpia, y al proceso o persecución de que fué objeto en la primera de estas ciudades por parte de sus enemigos políticos, que le acusaron de haberse lucrado con el oro destinado a las estatuas divinas. Pero, afortunadamente, los revestimientos de oro de sus estatuas criselefantinas eran desmontables, y pudieron pesarse en público.

Su vida no debió de ser larga; pero sí muy fecunda, a juzgar por las citas y menciones de sus obras.

Las principales, aquéllas que hizo contando ya con la absoluta confianza de Pericles, elevado al primer rango político y artístico, o sea en los años que van del 450 al 438 o 437, se enuncian brevemente. Escultura decorativa, la del Partenón; estatuaria, las tres Atenas, la *Lemnia*, la *Promacos*, la *Parthenos* y el *Zeus* de Olimpia.

La Atena Lemnia fué un encargo hecho a Fidias por los atenienses de la isla de Lemnos, deseosos de ostentar sobre su acrópolis una estatua en bronce de la patrona. Hay de esta figura algunas copias en mármol. La admirable cabeza del Museo de Bolonia y el cuerpo del Museo de Dresden, acaso ofrezcan hoy la representación más aproximada. Lo que fascina en esta cabeza es la fusión de la firmeza viril y de los encantos juveniles. Es grave y virginal; une el pensamiento y la inspiración. Como labor de juventud que es, refleja el alma tensa y cargada del genio antes de la madurez.

La primera obra de plenitud es la *Atena Promacos*. Esta nueva personificación de la ciudad medía nueve metros de alta, contando el pedestal; fué hecha con el botín tomado a los bárbaros, y simbolizaba la fuerza militar de Atenas. Se emplazó entre los Propileos y el Erecteion el año 448. En aquella eminencia era como el vigía de la ciudad. El oro centelleante de su casco y de su lanza cosquilleaba en los ojos a los lejanos navegantes.

A estas dos Atenas, la familiar y la guerrera, sigue la triunfante o mayestática, la *Parthenos*; gigantesca y valiosa obra del Estado ateniense inaugurada el año 438. Era de marfil y de oro y alcan-

zaba 12 metros de altura, contando el pedestal. Esta tercera imagen encarna la idea religiosa y la patriótica. Las pequeñas copias que se conservan, especialmente la *Atena Lenormant* y la del *Varvakeion*, dan una impresión de lo que debió ser aquella colosal estatua; una impresión de silueta, nada más.

El Zeus de Olimpia, según los antiguos, aspiraba hacia un ideal más alto aún. Fué obra de 437 a 432. No hay copias, pero las tres cabezas del siglo IV, en el Museo de Boston, están inspiradas en la de Fidias.

Por sus dimensiones quiso eclipsar a la Partenos. Sentado y sin pedestal tenía 12 metros, 14 con él. Sustentaba en la mano derecha, como la Atena del Partenón, una pequeña Niké de marfil y de oro, y en la izquierda el cetro, rematado por un águila. Las carnes descubiertas eran de marfil: cara, pies, brazos y torso. De oro las barbas, los cabellos y el gran manto que le arropaba las piernas, le subía por las espaldas y caía por delante del hombro izquierdo. El cetro, de piedras ricas. El trono, de marfil y ébano, oro y piedras. El manto de oro estaba, mediante un procedimiento policromo de nielado, lleno de lises y figuras.

En los relieves ornamentales del trono había Nikés danzantes, Horés, Charites, Esfinges. Relieves alusivos a los juegos atléticos, o representando la historia de Hércules o la muerte de las Nióbidas y las Amazonas. Otro relieve, otra *Amazonomachia*, figuraba en el taburete de oro a los pies del dios. Finalmente, otro de Afrodita, saliendo del mar, todo en oro al frente del pedestal.

El Dios está calmo e impassible en medio de tanta magnificencia. Está por encima de ellas. Es poderoso, pero indulgente; es el dios de la paz, distribuidor de dones y guardián de los hombres. Fidias supo inculcar al mármol una belleza de orden moral sumamente rara en aquel tiempo y en aquel sitio. Fidias fué el escultor de las divinidades. El supo dar cuerpo a las vagas y generales representaciones antropomórficas de los dioses que tenían sus conciudadanos.

Las esculturas del Partenón.

Es Plutarco quien habla: "Fidias fué quien, después de las empresas artísticas siguientes a 450, daba las instrucciones concernientes a todo y quien ejercía en nombre de Pericles la vigilancia general, aunque para los diversos trabajos hubieran grandes arquitectos y artistas ilustres." Más adelante agrega: "Todo dependía de él en cierto modo, y como hemos dicho ya tenía mano alta sobre los demás artistas por ser el amigo de Pericles.

El Partenón es la flor de los edificios hechos al reconstruir la ciudad.

El trabajo de Fidias en la construcción del arquitecto Ictinos, fué: noventa y dos metopas del entablamento exterior; dos frontones y un friso que envolvía toda la naos. Para tener una idea de la importancia material de esta obra, diremos que los relieves de las metopas tienen un saliente de 0,25 metros y que cada una mide 1,20 por 1,27 metros. La longitud de los frontones es de 28,35 por 3,45 metros de alto en el centro. Finalmente, el friso recorría 160 metros teniendo un metro de alto.

Lo maravilloso es la distribución clara y simple de tantas figuras. ¡Qué lejos queda la decoración de los templos de Egina y de Olimpia! Aquí reina la plenitud y la medida. La distinción, la calma y la sencillez presiden los trabajos de Fidias. Jamás la postura por movida que sea (véase la cabalgata de las Panatheneas) llega a romper el equilibrio ni la medida. Los asuntos, fabulosos combates de gigantes, amazonas y centauros, todos están estrechamente ligados a la Historia de Atenas, y hay tanta unidad en la inspiración, que no puede admitirse más de un cerebro director. Sin embargo, la ejecución no es única. Fidias tuvo escultores a sus órdenes para que desarrollaran o le ayudaran en su inmensa labor, y entre ellos los había que guardaban las maneras del arcaísmo y otros que, fascinados por el maestro, le seguían sin alcanzarle. Pero es relativamente poca esta desigualdad.

De los frontones, el del Este representa el nacimiento milagroso de Atenas, y el del Oeste, la lucha de Poseidon y de

Atenas por adueñarse del mundo. El primero no se ha podido reconstruir; el segundo, sí, gracias a un dibujo hecho en 1688. Lo más notable en la composición es que falta la figura central, el personaje inmóvil, verdadero eje, del cual no pudieron prescindir los frontones de Egina ni de Olimpia. Aquí, en cambio, se define la intención de toda la escena en la lucha central de dos personajes. Otra de las dificultades vencidas aquí es la de los ángulos. Fidias ha encerrado todos los dioses del Olimpo entre Helios y Selené, el sol que nace y la luna que baja. La curva inmensa del cielo entre el alba y el ocaso.

Los restos del frontón del Oeste se hallan en el Museo británico, adonde los llevó lord Elgin a principios del siglo XIX. Allí están los desnudos espléndidos y los armoniosos plegados de tela. Allí se puede admirar lo que es la factura fuerte y justa, sin cominerías; la nobleza física y la perfecta adaptación de los trabajos a la forma humana, de tal modo, que no se podrían variar sin menoscabo del conjunto moral del persona-

je. Entre las figuras más famosas está el torso de Poseidón y el grupo de Demeter y Coré.

Cuatro cientos personajes humanos y más de 200 animales figuran en la Procesión de las Panateneas. Un cortejo largo y lleno de vida, sin decaimiento alguno, variado, sencillo y diáfano. Caballeros que preparan el corcel, otros que cabalgan, figuras a pie, los representantes de las tribus áticas llevando ramos de oliva, los tañedores de flauta y de lira, los que conducen bueyes para ofrendar, las canéforas.

Durante algún tiempo subyugó a los artistas atenienses el arte de Fidias, sobre todo su modo de comprender el relieve, su pompa y su policromía. Pero pronto el alma griega, siempre anhelante de perfección, busca una variedad más amplia y más rica.

J. MORENO VILLA

BIBLIOGRAFIA.—M. COLLIGNON: *Histoire de la sculpture grecque*, 1907.—H. LECHAT: *Phidias et la sculpture grecque au V^e siècle*.—WALDSTEIN: *Essays of the art of Phidias*, 1885. KREMER: *Die griechische Skulptur*, 1906.

LOS SANTOS PATRONOS DE ESPAÑA

EN uno de los años del siglo IX anteriores al de 814, se descubrió en un selvático lugar de Galicia, cercano a la ciudad de Iria Flavia, una capillita de mármol enterrada en medio de la maleza, en la cual se encerraban tres sepulcros, que la autoridad eclesiástica de entonces, de acuerdo con la común opinión, sin que sea ya hoy posible averiguar los motivos, poderosos sin duda, en que se fundase, aceptó desde luego por del apóstol Santiago y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro.

Habíanse observado varias veces hacia aquel paraje extraños resplandores y luminarias; habíase referido el hecho a Teodomiro, obispo de Iria, y las exploraciones mandadas practicar por él habían dado por fruto el hallazgo del preciado tesoro.

Llegada relación de lo acontecido a no-

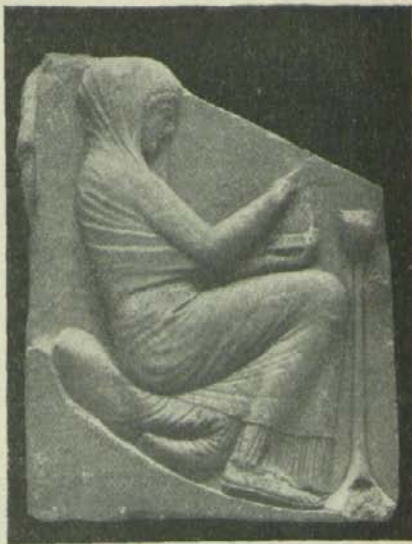
ticia de Alfonso el Casto, rey a la sazón de Oviedo, y también de Galicia, acudió al santo lugar con gran acompañamiento de prelados y magnates; hizo erigir en él una modesta iglesia, que era cuanto le consentía la pobreza de su erario, y le señaló para su sostenimiento el territorio de tres millas a la redonda, habiendo impetrado y conseguido del Papa, que lo era entonces León III, por mediación de su amigo el emperador de Occidente y rey de los Francos Carlo Magno, que se trasladase a aquel lugar la sede episcopal del Iria Flavia (Padrón).

Tal es el origen de la insigne ciudad de Santiago de Compostela.

Graves y muy cristianos autores han puesto en duda la presencia de Santiago en España y la autenticidad de su sepulcro. No faltan, por el contrario, quienes dan por cierto haber sucedido aquí su

FIDIAS

ARTE PREFIDIACO



TRONO LUDOVISI (brazos del trono).



TRONO LUDOVISI (respaldo del trono).

Museo de las Termas (Roma)

Fot. Anderson.

FIDIAS



ATENA GIUSTINIANI
Obra anónima, presidiaca.
(Museo Torlonia, Roma).

Fot. Gargioli.



ATENA LEMNIA
(Museo Albertino, Dresden).

Fot. Bruckman. Munich.



FIGURAS DEL PARTENON. (Frontón oriental). Museo Británico Londres.

Fot. Bruckman.



DETALLE DEL FRISO, existente aún en el templo.

Fot. Bruckman.



DETALLE DE LA MISMA CABALGATA, hoy en el Museo Británico.

Fot. Bruckman.

martirio, contra la opinión más admitida, que lo supone ocurrido en Palestina. Sea como quiera, tradiciones seculares que corren por el pueblo de Galicia, consignadas por diversos autores y recopiladas en tiempo reciente por el canónigo Ferreiro, de la iglesia de Compostela, señalan varios lugares de aquella comarca relacionados con la presencia del Apóstol en ella, y hasta muy lejos de allí, en Zaragoza, existe la piadosa memoria de habersele aparecido, hallándose en esa insigne metrópoli predicando el Evangelio, la Santísima Virgen (que aún vivía), sobre el famoso pilar que dió nombre a una de las más renombradas advocaciones con que se la venera.

Quisiera consignar aquí, siquiera superficialmente, algunos hechos históricos tocantes al culto en España de Santiago y de los principales santos tutelares de ella, y digo principales, por no haber región, ciudad, villa, aldea, ni aun barrio ni despoblado que no tenga el suyo propio, aun sin contar los de los gremios, cofradías y asociaciones de todo linaje; pero aunque me redujese a tratar sólo de algunos muy señalados acontecimientos referentes al culto de dicho Santo Apóstol, de San Millán de la Cogolla y de San Jorge, patronos respectivamente de las antiguas milicias leonesa, castellana y aragonesa, sería tarea tan dilatada, que habré de renunciar a ella, limitándome a exponer algunas reflexiones de variada índole que el asunto me sugiere.

Sáltame ante todo a la observación la desatinada forma, consagrada por la costumbre, en que se escribe el nombre del Apóstol en nuestra lengua, haciendo una sola palabra de lo que evidentemente son dos: el nombre Jacobo, Jacob, o más brevemente Yago, del discípulo del Salvador, y el apelativo de Santo (sincopado en Sant o San) que anteponeamos a los nombres de los bienaventurados a quienes se adora en los altares. De esa falta ortográfica, muy vieja ya entre nosotros, y que se explica fácilmente, conocida la antigua pronunciación de la J en nuestra lengua, idéntica a la de la Y, y la suavización de la c dura en la g, tan frecuente en el paso del latín a los romances, ha nacido el antiguo error de convertir el nom-

bre Jacobo en otros tales como Diago y Diego (dichos con más brevedad de ordinario Día y Díe, de donde proceden los tan comunes patronímicos Díaz y Díez), tomando la última letra *t* de la palabra Sant, suavizada en *d*, por primera del nombre del Apóstol, y el moderno error, más grosero todavía, de haber adoptado por nombre propio lo que en realidad son dos palabras distintas.

A más largas disquisiciones se prestaría el averiguar por qué camino llegó el mismo nombre Jacobo a trasformarse en los de Jaime, Jaume, Jácome, Giacomo, James, etc., pero dejando a un lado, por sobrado pesadas para los más de los lectores, estas cuestiones ortográficas, etimológicas y filológicas, pasaré a decir algo sobre otra no menos curiosa y más amena, concerniente al patronazgo del Apóstol.

Los más de los historiadores modernos, olvidando que el presente Estado español es una agrupación de varios otros con sendas leyes, costumbres, lenguas e historias, separados antaño por fieras rivalidades y que se miraban como extranjeros entre sí, establecen reglas generales a todos ellos, aplicando a tiempos antiguos ideas, principios y puntos de vista apenas admisibles muchas veces en el nuestro. Uno de los errores en que suele incurrirse muy generalmente, es el de asegurar que el apóstol Santiago fué patrono de la milicia española, y que su nombre era invocado por nuestros padres en los combates, siendo así que tal aseveración no puede hacerse ni aun siquiera de todos los pueblos de la corona de Castilla, sino a partir de tiempo ya bastante avanzado en el curso de la Edad Media, y nunca, ni en modo alguno de los pueblos aragones, catalán y navarro, que jamás invocaron en la guerra a Santiago, sino a San Jorge; santo éste que no sólo entre ellos, sino en las más de las naciones cristianas, sin excluir de ellas las orientales, se tuvo siempre por abogado de la milicia. Y he dicho que ni aun todos los pueblos de la corona de Castilla tuvieron por patrono militar a Santiago hasta época relativamente moderna, porque, en verdad, quienes desde su origen y principio lo veneraron por tal fueron

los gallegos, leoneses y portugueses, pueblos todos pertenecientes a la primitiva corona de León, de la que fué siempre Galicia, donde se halló el cuerpo del Apóstol y donde más particularmente se le rendía culto, una de las provincias más importantes.

Difícil se hace ya hoy, con el larguísimo tiempo transcurrido desde la época en que constituían Estados separados los de Castilla y León, hacerse idea de la enemiga que los separaba, la cual fué causa de la independencia de Castilla, primero, y más tarde de enconadas guerras entre este último reino y el de León hasta su definitiva alianza, ya muy dentro del siglo XIII.

Invocaban efectivamente los leoneses a Santiago en los combates, no por otra razón que la de encontrarse en su tierra su sepulcro y por la veneración en que por tal motivo le tenían.

Inventóse en el siglo XIII por cronistas poco escrupulosos, o aceptaron otros, sobrado crédulos, la fábula del tributo de las Cien Doncellas y la soñada batalla de Clavijo, que no menciona ningún autor contemporáneo ni de mucho tiempo posterior, y se fraguó el diploma del Voto de Santiago, plagado de incongruencias y anacronismos.

Los castellanos, no queriendo ser menos que los leoneses, fraguaron otra historia semejante y otro tal voto relativos a su santo patrono Millán (Emiliano en latín), anacoreta y confesor del siglo VI, cuyo sepulcro, veneradísimo en la Rioja, de donde fué natural, se conservaba (y aún se conserva) en el monasterio que él mismo fundó y que lleva su nombre en la diócesis de Calahorra.

El hecho es que a San Millán, cuya vida, como la del apóstol Santiago, fué lo más ajena que cabe a nada que tocara a armas o a milicia, se le representa, lo mismo que al Apóstol, caballero en albo corcel, con la espada desnuda y atropellando moros.

La batalla en que se supone que por primera vez tomó parte a favor de los castellanos, fué la famosa de Simancas, que por más que Gonzalo de Berceo (autor del poema de San Millán) la ponga en Toro, ni por el tiempo en que la da

por sucedida, ni por los eclipses que dice la precedieron, ni por los nombres que atribuye al rey de Córdoba, al de León y al conde de Castilla que hace figurar en ella, puede ser confundida con otra alguna.

Y ofrece, por cierto, el dicho poema una prueba concluyente, si alguna más fuera necesaria sobre las muchas que hay, de la falsedad de la batalla de Clavijo y del voto a Santiago, que a seguida de ella se dice prestado por Ramiro I, en el hecho de poner aquí el poeta ese voto y el de San Millán, ambos juntos, como prestados antes de la batalla de Simancas por el rey Ramiro II y el conde Fernán González respectivamente: el primero a Santiago por el reino de León, el segundo a San Millán por el condado de Castilla. A ambos santos los hace el poeta aparecerse en la batalla:

Vinien en dos caballos plus blancos que cristal
Armas quales non vió nunca omne mortal
El uno tenía croza, mitra pontifical;
El otro una cruz: omne non vió tal.
Avien caras angélicas, celestial figura
Descendien por el áer a una grant presura
Catando a los moros con turva catadura
Espadas sobre mano, un signo de pavora.

El que tenía la mitra e la croza en la mano
Essi fue el apóstol de Sant Johan hermano;
El que la cruz tenía e el capiello plano
Esse fue Sant Millán, el varón cogollano.

Tan grande era la devoción en Castilla a San Millán, que el monasterio de su nombre ha merecido el de *Escorial de la Rioja*, por su magnificencia; y no es, por cierto, el mismo que fundó el Santo hacia el año 537. Este fué el de San Millán de Suso, así llamado para distinguirlo del de San Millán de Yuso, edificado a muy corta distancia del primero por el rey don García de Navarra, hijo de D. Sancho el Mayor, en el año de 1030, para sustituir al otro, que había sido arruinado por Almanzor en su expedición de 1002, última que hizo contra los cristianos. Ninguno de ambos, sino un tercero, fabricado más modernamente en el lugar que ocupó el segundo, es el que hoy existe; edificio de los más grandes y suntuosos de España, cuya iglesia es tan vasta y magnífica como muchas catedrales.

Andando el tiempo, y cuando los reinos de León y Castilla acabaron por for-

mar de hecho uno solo, conocido generalmente por el nombre del último, vino Santiago a suplantarlo a San Millán en el patronazgo de la milicia castellana y a prevalecer en ella su nombre como apellido de guerra. De la costumbre de vocar el nombre de Santiago en las arremetidas, se originó la frase de "dar Santiago", que tan empleada vemos en los autores del siglo XVI, en el sentido de embestir o cerrar con el enemigo: "Con este aviso marchó el duque apriesa y llegó a tiempo, que ya D. Juan había dado Santiago a los enemigos" (Sandoval).

San Jorge, natural de Capadocia, veneradísimo por nuestra Iglesia y más todavía por las de Oriente (que le llaman por antonomasia el Gran Mártir), fué reconocido desde muy antiguo por patrono

de la milicia en muchos pueblos cristianos. En España tuvo tal carácter entre los aragoneses, catalanes y navarros, lo mismo que Santiago entre los castellanos, gallegos y portugueses. En Aragón se fundó bajo su advocación en el siglo XIII la Orden de San Jorge de Alhama. A su protección atribuyeron los aragoneses la famosa victoria de Alcoraz obtenida por su primer rey D. Pedro sobre el ejército aliado de musulmanes y castellanos, que había acudido en socorro de Huesca. Esa batalla se riñó el 18 de Noviembre de 1096, y es positivo que después de ella tomó el rey de Aragón la cruz de San Jorge por divisa y votó a ese santo por patrono de su reino.

CRISTÓBAL DE REYNA

MUSICA BEETHOVEN

PUDIERA decirse, alterando un célebre pensamiento que "maravilla, cuando se espera encontrar a un músico, encontrarse un hombre".

Nació Ludwig van Beethoven en Bonn, próximo a Colonia, en 1770, de origen flamenco—su abuelo, a quien se complacía en parecerse, era de Amberes—origen que se manifiesta claramente en su carácter y en su obra.

Aprendió música primeramente con su padre, músico de orquesta al servicio del elector de Colonia, hombre violento y borracho, que le forzaba a trabajar duramente, para poder explotar su precocidad. Su infancia fué triste y penosa. A los once años obtiene el cargo de "Maestro al Cembalo" (encargado de las repeticiones y de llevar el clavecino en la orquesta), y publica en 1813 sus primeras Sonatinas. A los diez y siete años, va a Viena por primera vez, donde conoce a Mozart, el cual profetiza su genio; pero vuelve a Bonn para asistir a la muerte de su madre, dolor que deja en él una huella profunda. Trabaja para sostener a toda

su familia—el padre (ebrio constantemente), una hermana pequeña y dos hermanos. En esta época sombría de su vida encuentra consuelo en la amistad de la familia Breuning. Da lecciones de piano a Leonor de Breuning y esta amistad apasionada—probable amor primero—le lleva a una ruptura no sin haberle dejado benéfica influencia. Más tarde casada ella con Wegeler, conservan amistad los tres toda la vida.

En 1892, a la muerte de su padre, Beethoven marcha de nuevo a Viena donde empieza a trabajar con Haydn, y al que pronto deja para continuar sus estudios con más independencia.

Entonces empieza su producción, en las primeras sonatas y cuartetos, que con las sinfonías, se siguen paralelamente a su vida.

Entre 1796 y 1800 se inicia la sordera, terrible enfermedad en él, que habrá de atormentarle cruelmente — Wagner le compara a Tiresias, y en su idealismo estético, da una importancia capital para la Música a este hecho.—Su dolor es

enorme ante el temor de perder lo que él llama "la parte más noble de sí mismo". Inye, se aparta de todos para disimular su mal que sólo consigue algún tiempo tener secreto. Es la melancolía de la Sonata Patética, de 1788, pero aún no desespera, y el Septimino—cuyo éxito le molestaba, por considerarlo una bagatela sin importancia—y la Primera Sinfonía, obras de primera juventud, no dejan aún adivinar nada de su naturaleza apasionada y dolorosa.

Por entonces pide la mano de la cantante Magdalena Willmann, que se ríe de él, por encontrarle loco y feo.

En 1801 son sus amores con Giulietta Guicciardi, a la que dedica la sonata del "Claro de luna", amores que terminan también trágicamente para él con la separación, y el matrimonio, en 1802, de Giulietta con el conde de Gallenberg. Beethoven desesperado llega a pensar en el suicidio. La "sonata con marcha fúnebre" la "cuasi una fantasía", la dedicada al emperador Alejandro y la "sonata a Kreutzer"—cuyo primer tiempo ha hecho decir a Tolstoy que una música así debía prohibirse como peligrosa—principalmente, recogen esta época.

Los acontecimientos que entonces agitan Europa ejercen gran influencia en él por este tiempo.

Lleno de entusiasmo por Napoleón escribe la Tercera Sinfonía que titula: "Sinfonía heroica: Bonaparte". Título que al saber el golpe de Estado y la coronación del Emperador, rompió con indignación republicana. Más tarde cuando la catástrofe de Santa Elena decía, refiriéndose a la marcha fúnebre: "hace diez y siete años, escribí yo la música para este triste suceso". De la época de la ter-

cera y con este carácter mismo son el "concierto en mi bemol", la obertura de Coriolano, Egmont, el "cuarto cuarteto" y "Fidelio" (Leonora) que se representó en 1805.

En la primavera del año siguiente empiezan sus nuevos amores con Teresa de Brunnick, la Amada Inmortal, a quien conocía desde niña. Fueron novios durante cuatro años, pero, como las otras veces, terminó todo, viniendo esta vez la separación de Beethoven mismo. Fue el amor más grande de su vida, y parece

que ninguno de los dos, a pesar de la separación pudo olvidarlo. De este período de plenitud de su felicidad—el único acaso—son la Cuarta Sinfonía, la "Appassionata", la Quinta y la "Pastoral".

En 1810 entabla amistad con Bettina Brentano, la amiga de Goethe, y en su intimidad, desinteresada y comprensiva encuentra un gran reposo. También conoce a Goethe con el que no llegó a en-

tenderse nunca por completo. Dos años más tarde aparece otra nueva relación amorosa con Amelia de Sébald, que pronto termina también, como las otras, en boda, y no con él. Entonces ya ha entrado en pleno dominio de sí mismo. Escribe la "Séptima" y la Octava Sinfonía y alcanza con algunas otras obras sin importancia una consideración y una gloria casi oficiales. Pero pronto termina su fortuna.

En 1815 empiezan los años más amargos y dolorosos de su vida. Completamente sordo ya sólo puede comunicarse con los demás por escrito. Más aislado que nunca únicamente le queda su antigua comunicación con la Naturaleza—"su única confidente"—que apasionadamente amaba. Sufre de la miseria a la que añade la ingratitud de un sobrino suyo a



BEETHOVEN

(1770-1827)

quien había recogido y educado desde niño a la muerte de su hermano y al que quería como a un hijo. De 1815 a 1818 escribe la "Gran Misa solemne en re mayor", también de entonces son las melodías "A la bien amada ausente" y la "Fantasía para piano, orquesta y coros", preludio de la Novena Sinfonía, que se ejecutó en 1824, la que con las últimas sonatas y cuartetos terminan la llamada "tercera época", y su obra.

El 26 de Marzo de 1827 murió, después de grandes sufrimientos, con estas palabras: "plaudite amici, Comaedia finita est", que en cualquiera, menos en él, no hubieran sido una ironía.

Las formas sinfónicas indicadas por los maestros de Manheim y de Viena, como se definen en Felipe Manuel Bach y en Rust, principalmente, y tal como las concibieron Haydn y Mozart,—la sonata, el cuarteto, la sinfonía—adquieren al realizarlas Beethoven, no una continuación musical tradicionalmente, sino un mero valor para él, de medios, o maneras en que expresarse, que utiliza a su voluntad, respetándolas, al principio, pero terminando por modificarlas, casi totalmente, transformándolas en creaciones suyas. "Las audacias que encierra—escribe Woolleett—han dejado entrever que ninguna fórmula tradicional puede reclamar un rigorismo sagrado". Si se ha representado a Beethoven, como el músico culminante, en el que termina todo el camino anterior, y de donde parte de nuevo, su enseñanza y su significado, en esto como en todo, tiene el mismo sentido de libertad.

"Todas mis obras—decía Goethe—son fragmentos de una confesión general". Beethoven hubiera podido decir lo mismo; como en el poeta, en él, la obra está inseparablemente unida a la vida y al hombre.

También su obra es circunstancial. Primeramente—en la "Heroica", el final de la Quinta, "Coriolano", "Egmont", el concierto en mi bemol, la "Apassionata"—es la música del momento, que se acuerda completamente con los acontecimientos exteriores, que es su expresión misma, —"¡qué lástima que no sirva yo para la guerra como para la música!" exclama.—Una música bélica, rebelde, diríase que

social y casi política—así la entendía Nietzsche como la música de la revolución francesa.—"Ningún emperador, ningún rey—escribe a Goethe Bettina Brontano—tiene como Beethoven conciencia de su poder y de que toda fuerza viene de él". Esta energía napoleónica, que es su alma misma, se manifiesta ya poderosamente, en la lucha que habrá de hacer de toda su vida la tragedia de una voluntad dominadora y combatida.

"Primera música verdaderamente revolucionaria,—dice Romain Rolland—el espíritu de la época resucita en ella con la intensidad y la pureza que los acontecimientos grandes determinan en las grandes almas solitarias, cuyas impresiones no disminuye el contacto de la realidad".

Pero parece que de esta exterioridad—como a medida que aumentaba su sordera, aislándole, concentrándole cada vez más—va interiorizándose, haciéndose lírico, y por lo mismo recogiendo más universalmente el eco de lo eternamente humano.

Después de la plenitud apaciguada a la que la realización del amor le lleva—en la Cuarta Sinfonía, parte de la Quinta, y en la "Pastoral"—un sentimiento lírico ya iniciado en la sonata "Claro de luna" y en la Sonata a Kreutzer—viene la abandonada sinceridad de la Séptima Sinfonía, obra de borracho en efecto, superficialmente dionisiaca, donde parece que divierte (en el sentido del "divertissement" de Pascal) un sentimiento demasiado profundo y doloroso; abandono natural de una tensión heroica de alma, humanamente insostenible. Esta misma despreocupación en el caprichoso humorismo de la Octava.

Pero todavía queda el último esfuerzo heroico de su voluntad que resurge, más ardientemente que nunca quizás, en la Misa en re,—nada religiosa, nada mística, mucho menos litúrgica,—donde titánicamente se encara con Dios, como para ganar el cielo por la violencia, en efecto, pero no dulcemente, siguiendo el precepto evangélico, y en la que parece—como diría Barrés—querer abatir a testarazos—con la frente obstinada y poderosa—las paredes que aprisionan la inteligencia humana.

Aun cuando después de ella llegue en la Sinfonía Novena "por el dolor a la alegría", cuando la alcanza por fin, mejor que una victoria parece un renunciamiento a la lucha, un cansancio de pelear, una abdicación previa de la derrota. En el himno—al final de la Novena—la alegría ¿no está, bajo una aparente serenidad, como secretamente sollozada en una resignada melancolía oculta?

Será en las cinco sonatas y los seis cuartetos últimos—ya cerca de la muerte—donde el dolor parece desvanecerse solo, para dejar paso al misterio.

"Escribo—decía Beethoven—porque es preciso que se esparza lo que tengo en el corazón". Así la sinceridad de su música—nunca mejor aplicado el tópico de escribir con sangre—en la que el sufrimiento se comunica casi carnalmente, donde el dolor humano tiene acentos más puros. La ansiedad amorosa insatisfecha, románticamente ilusionada y a veces pierrotesca que expresa la pasión—como acertadamente indica Combarieu—en una forma enfática y rousseauiana. El apasionado deseo de liberación, de lucha, de dominación, de un poder que quiere sen-

tirse, de una voluntad creadora—o deformadora—de la realidad, como en Miguel Angel. La exclusividad emotiva; — "el sentimiento es todo" según Fausto.

Si toda obra implica formulada o no una teoría estética y tiene, por consiguiente, una significación en este sentido, no sería atrevido decir quizás—aunque parezca paradójico—que la de Beethoven fuera estéticamente, la despreocupación. Es decir, que el valor estético aquí es accidental y secundario, y está como sometido y dependiente del valor moral. El valor humano—psíquico, subjetivo—sobre el valor puramente musical. El hombre y no el Arte;—o el Arte como medio emotivo y lírico nada más.

"Humano, — demasiado humano"—o demasiado sentimental—puede buscársele sobre todo en este sentido, y en su vida y en su obra—como en Pascal, Miguel Angel, Shakespeare, Balzac...—una lección moral de heroísmo.

AXEL

Prohibida la reproducción de textos y arabados.

EL SALARIO VITAL

EL derecho del trabajador a un Salario Vital es la forma específica de su derecho genérico a sacar de la tierra en condiciones razonables lo necesario para vivir decorosamente. Este derecho, como todos los demás derechos morales, está basado en el valor intrínseco del trabajador como persona, y en lo imperioso de las necesidades que son esenciales para el desarrollo razonable de la personalidad. En esas necesidades se comprenden cierta suma de bienes materiales. El derecho del hombre a una cierta parte por lo menos de los dones de la Naturaleza es tan legítimo como su derecho a la vida. Sólo en el grado de importancia difieren ambos derechos. Ahora bien; cuando el hombre, cuya función social y económica es la de vivir de su salario, ha consumido toda su energía y todo el tiempo de que dispone en ejecutar algún trabajo útil, ha cumplido con la única condición que puede exigírsele para que haga efectivo su derecho a una vida decorosa. La obligación de proveerle de los medios materiales para vi-

vir decorosamente, recae sobre la sociedad toda, lo cual significa que nadie puede oponerse moralmente a que ese hombre logre alcanzar los susodichos medios. Sin embargo, sólo aquellos sujetos que tienen a su cargo la disposición de los elementos de vida que están al alcance de ese hombre, pueden en la práctica y efectivamente estorbarle o favorecerle en el goce de su derecho. Cuando le impiden que tome posesión pacíficamente de la suma de bienes materiales que le corresponde, se hacen responsables moralmente del mal éxito de sus esfuerzos para alcanzar un modo de vivir decoroso. Su proceder será tan injusto como lo sería el de la mayoría de los primeros pobladores de una comarca desierta, que obligasen a los restantes a trabajar por un miserable estipendio.

Esta obligación específica de los sujetos de que tratamos, recae en primer lugar sobre el patrono; porque en toda repartición razonable que se haga de los medios de vida de que la comunidad disponga y de las res-

ponsabilidades correspondientes, es lo lógico atribuir la dicha obligación a aquel que por su posición económica se beneficia directamente de los esfuerzos del trabajador y que le paga sus salarios. Tampoco puede el patrono eludir el deber de pagar un Salario Vital refugiándose en la libertad de contratación. El hecho es que el trabajador insuficientemente pagado, no vende más *voluntariamente* su trabajo en menos del equivalente de una vida desahogada y decorosa, que el viandante entrega su bolsa al salteador de caminos. La superior *fuerza económica* que tiene el patrono, y que consiste esencialmente en la posibilidad para él de esperar, lo que el trabajador no puede hacer so pena de morir de hambre, es la que le permite encontrar quien le trabaje por menos de un Salario Vital. El patrono que pudiendo pagar un Salario Vital no lo hace, no está más disculpado de su conducta que pudiera estarlo si valiéndose de su superior fuerza física impidiera al trabajador tomar posesión de un saco de harina o de un par de zapatos que hubiera comprado con su dinero. En ambos casos, el trabajador se ve privado por fuerza mayor del uso de su derecho.

Las otras clases económicas de la comunidad—el propietario del terreno, el capitalista, el consumidor y el dueño de riquezas—comparten la responsabilidad de que esté bien pagado el trabajador, pero en grado secundario y con arreglo a la naturaleza y posibilidades de sus posiciones económicas. Por último, el Estado está moralmente obligado a compeler a los patronos a que paguen un Salario Vital siempre que, con esperanzas de buen éxito, pueda poner en vigor una legislación apropiada a ese efecto.

Todos los razonamientos contenidos en los capítulos anteriores de esta obra, tienen por objeto establecer tres afirmaciones importantes, que resumiremos en breves palabras. La primera consiste en el reconocimiento de las insuperables dificultades que entraña el hacer una distribución económica perfectamente conforme con la justicia. A nuestro parecer el orden de importancia entre los diversos cánones de justicia distributiva, es el siguiente: las necesidades del obrero; las dificultades del aprendizaje en aquellos oficios o profesiones que requieren conocimientos, maña y pericia; los riesgos inherentes al trabajo; la energía consumida por el obrero; lo penoso o desagradable del trabajo; la productividad del trabajo y la productividad de la propiedad, ora esté representada por terreno ora por capital.

La mayor parte de las personas estarán probablemente conformes en que en todo plan justo de distribución deben tenerse en cuenta todos los supradichos factores; pero no todas admitirán el orden de importancia en que los colocamos. Y aun aquellas que admitan este orden o cualquiera otro, reconocerán la imposibilidad de determinar el grado de importancia que a cada uno de

ellos corresponde en cada caso particular, con relación a los otros. Por ejemplo, podrá convenirse en que lo penoso o desagradable de un trabajo sea un mejor título que la productividad de este trabajo para percibir salario, y sin embargo no estarse de acuerdo respecto a la precisa relación de importancia cuantitativa que exista entre ambos factores. Todavía, en el supuesto de que fuera posible vencer todas las dificultades que lleva en sí la resolución del problema de remunerar con justicia perfecta a todos los agentes de la producción, quedarían por satisfacer los legítimos derechos del consumidor. ¿Deben los agentes de la producción aprovecharse de todos los beneficios resultantes de los progresos que se realicen en el modo de producir, o corresponde una parte de esos beneficios al consumidor, que los percibirá en forma de baja en el precio del producto?, y en caso de corresponderle una parte de esos beneficios, ¿cuál debe ser la cuantía de ella? He aquí un constante conflicto entre la productividad de los agentes de la producción y las necesidades de los consumidores, para cuya resolución es prácticamente imposible establecer reglas objetivas.

La segunda afirmación a que atrás nos referimos, es que la aplicación universal del principio del Salario Vital representaría un progreso enorme en nuestras condiciones industriales y sociales. Haría mejorar considerablemente la remuneración de más del 60 por 100 de los varones adultos empleados en ocupaciones urbanas, y probablemente del 70 por 100 de los obreros en general. Sería un gran paso para acabar con esos pestíferos antros de nuestras ciudades, donde miles y miles de seres humanos arrastran una existencia misérrima, privados de las comodidades más indispensables para la vida y condenados a la degeneración material y moral desde la infancia. De esos millones de desgraciados habría miles que quedarían redimidos de la necesidad de trabajar a una edad en que debieran estar instruyéndose en la escuela; miles que incapacitados hoy para otra cosa que para cubrir incompletamente las necesidades más urgentes, podrían por primera vez vivir con desahogo; miles que, aunque puedan hoy atender a su sustento y al de sus familias, tienen fuera de su alcance el prevenirse contra las eventualidades y contingencias del futuro, podrían salir de esa situación precaria y angustiosa, y miles de jóvenes incapacitados hoy para contraer matrimonio, podrían convertirse en cabezas de familia y vivir con el decoro propio de seres racionales. Para muchos que perciben hoy salarios insuficientes, el Salario Vital sería un escalón para elevarse a un nivel más alto en la república del trabajo. Ese "perpetuo peligro de sobreproducción" en que estamos, se desvanecería en gran manera por el aumento que tendría el poder adquisitivo de las clases asalariadas, y por igual razón crecería la demanda

de trabajo, que aprovecharía a un número considerable de individuos que hoy, por lo común, carecen de empleo. Por último, lo mucho que ganaría nuestro pueblo en salud física, mental y moral, y la armonía y la paz que entre todas las clases sociales se establecería, afirmarían la preeminencia de nuestra nación entre las más prósperas y progresivas del mundo.

En tercer lugar puede firmemente asegurarse que el propósito decidido y sistemático de extender el principio del Salario Vital sobre todo el campo de la industria, produciría mejores resultados que cualquiera otra reforma que pudiera adoptarse. La persuasión moral y la acción social son los medios más eficaces que pueden emplearse para el logro de ese propósito. Su eficacia ha sido desmedidamente exagerada por unos y deprimida por otros. Se ha asegurado muy frecuentemente que "sólo la religión puede resolver el problema social", y ciertamente no podrá resolverse permanente y satisfactoriamente *sin* ella; esto es, sin el concurso de la acción religiosa y sin que se infunda energicamente el espíritu religioso en las ideas y en los sentimientos; pero no es bastante la religión por sí sola si falta una minuciosa aplicación de los principios morales en las relaciones entre el patrono y el obrero. Puede serse religioso en el sentido ordinario de la palabra, y estarse, no obstante, tan dominado por el código moral de la competencia ilimitada, que se tenga cerrados los ojos sobre las muchas formas de error moral que ese código sanciona. Hay cientos de patronos que cumplen perfectamente con los deberes que les imponen las iglesias a que están afiliados, y a quienes no les remuerde la conciencia de pagar a sus obreros salarios insuficientes. No creen obrar mal pagando los salarios acostumbrados. Atiéndense, para decirlo en pocas palabras, a la moral de los negocios, en vez de hacerlo a la moral cristiana. La persuasión moral, capaz de producir resultados satisfactorios, implica una atención activa, honda e ilustrada de parte de los maestros, de los profesores y de cuantos dirigen la opinión pública.

Si todos los sacerdotes concedieran tanta atención en sus sermones y homilias a hacer comprender la obligación de pagar un Salario Vital como la ponen en otros debe-

res menos importantes, y si se valiesen de todo el poder que su posición eclesiástica les presta para tratar a los patronos recalcitantes con el mismo rigor con que tratan a aquellos miembros pertinaces en la desobediencia, privándoles de sacramentos o poniéndolos en entredicho; si los oradores públicos y los escritores que se dedican a estudios sobre justicia industrial, reprobaran en *términos concretos* a aquellos patronos que pudiendo pagar un Salario Vital a sus dependientes no lo hacen, se demostraría palpablemente cuán gratuita y calumniosamente se afirma que es inútil todo intento de obrar por medio de la persuasión moral en el ánimo de los patronos. Nunca se les ha hecho sentir, siquiera en parte, el peso de la acción moral en ese sentido. Por acción social entendemos aquí la que pueden ejercer las asociaciones particulares como las Uniones de Trabajo, y la que puede ejercer el Estado. Ciertamente es que la eficacia de la acción social está limitada por el carácter de los individuos sobre quienes se ejerza. Si éstos no poseen con plena inteligencia los principios morales en que la cuestión del Salario Vital se funda, ni tienen la voluntad de hacer aplicación práctica de ellos, los efectos que de su organización se deriven serán relativamente escasos. Pero también hay que convenir en que los esfuerzos organizados contribuirán en gran manera a acentuar desde el punto de vista material los resultados que por medio de la acción moral sobre los individuos se obtenga. Este hecho, cierto siempre, lo es hoy en grado superlativo a causa de las muchas y complejas relaciones sociales que se han establecido entre los hombres. Debe apelarse a los dos medios: al de ejercer acción moral sobre las ideas y los sentimientos individuales, y al de utilizar el poder latente de la organización y de las instituciones sociales. Un empleo inteligente y bien sostenido de ambos medios para difundir el principio del Salario Vital, será más provechoso a las clases trabajadoras, y especialmente a las más necesitadas de ellas, que cualquiera otro sistema a que pueda recurrirse. El remedio es relativamente eficaz y los medios para aplicarlo perfectamente practicables.

J. A. RYAN

FÁBULAS DE SAMANIEGO

EDICIÓN DE LUJO

ILUSTRADA POR MARCO

En pasta al cromo, 2,50 pesetas

CASA EDITORIAL CALLEJA FUNDADA EN 1876 MADRID
28, Calle de Valencia

BOSQUEJO DE PSICOLOGÍA INFANTIL

II

LA PERCEPCIÓN

1. *Concepto de la percepción. Su característica en el niño.*—Al dirigir nuestra vista a un objeto, al dirigir nuestro oído a un ruido conocemos una realidad presente que impresiona nuestros sentidos (en este caso un objeto, un sonido). Esta actividad mental del conocimiento de lo actual y presente es lo que se llama la percepción. Con la somera indicación anterior tenemos lo suficiente para el asunto que ahora nos preocupa. Vamos a poner de relieve en lo que sigue algunas características de la percepción infantil. No podemos pensar que la percepción, en el niño, del mundo que a todos nos rodea, tenga la precisión, la claridad y unidad que posee en el adulto. El niño comienza percibiendo el mundo muy confusamente y desde el estado mental caótico del recién nacido hasta el del adulto hay una serie de grados de creciente perfección de la actividad de percibir como de las restantes actividades de conciencia. La percepción del niño adolece, más o menos, según la edad, por una parte, de falta de precisión de muchos de sus elementos (de esto hablaremos más adelante) y por otra, de sistema de orden. El mundo infantil, el mundo tal como lo percibe el niño, podríamos decir que aún no está bien ordenado. Además, dicha percepción del mundo se halla modificada por la fantasía; es decir, el niño transforma la Naturaleza mediante imágenes o fragmentos de imágenes que le sugiere su fantasía. Así, la percepción infantil no se *moldea* sobre los objetos, no es objetiva. Es, al contrario, extremadamente subjetiva. De esto nos ocuparemos al tratar de la Fantasía.

2. *Los elementos de la percepción en el niño.*—De lo indicado anteriormente hemos de tratar aquí, sólo de lo que se refiere a lo que es propio de la percepción. Cuando percibimos un sonido percibimos además de éste y con éste, si viene de nuestra derecha o izquierda, o de frente a nosotros, es decir, su *dirección*, además, el tiempo que dura. Cuando percibimos un color, lo vemos en un cuerpo coloreado

de de cierto tamaño y figura a una determinada distancia de nosotros. Hallamos, pues, en cualquier percepción, la percepción de los sonidos, colores, olores (*sensaciones*) y la percepción del espacio (*dirección, figura, tamaño, forma, distancia*) y la percepción del tiempo (*duración*). Aún encontramos otros elementos en la percepción; su orden, su *sistema* vienen de las funciones de la inteligencia de que en otro artículo hablaremos. Ahora vamos a ocuparnos de lo característico de la percepción o sea sensaciones y percepción del espacio y del tiempo.

Primeramente nos detendremos a examinar la sensación. ¿Tiene el niño las mismas sensaciones que el adulto? ¿Percibe el niño los mismos sabores, los mismos olores, los mismos sonidos y colores que el adulto? Los psicólogos modernos, después de haber estudiado con detenimiento la cuestión, afirman que existe identidad entre las sensaciones del adulto y el niño. Sin embargo, durante algún tiempo se supuso por varios investigadores que las sensaciones visuales del niño (las más estudiadas) no eran tan ricas como las del adulto, sino que poseían un menor número de ellas e iban aumentándose con el creciente desarrollo del individuo (1). Dicha afirmación se basaba en la pobreza de nombres para los colores de que adolece el lenguaje del niño y en la dificultad por parte de éste de clasificar aquéllos. Pero como posteriormente se ha determinado, ambos hechos nada prueban acerca del sistema de las sensaciones visuales en la infancia.

No sucede lo mismo con la percepción del espacio y del tiempo. Aquí no hay identidad entre la percepción del adulto y la del niño. Parece hoy día un hecho probado que si bien el niño comienza percibiendo los objetos en el espacio, no los percibe con la precisión que lo hacemos nosotros; conoce la forma, el tamaño, la dirección etc., de un modo rudimentario. Hasta en niños de trece años se halló dificultad para comprender la perspectiva de las estampas. Lo mismo podemos de-

(1) Véase más adelante *la ceguera para los colores* que hacía posible este supuesto.

cir del tiempo. Recuérdese qué dificultad tienen los niños de pocos años para comprender expresiones como *ayer*, *mañana*, *dentro de una semana* y otras análogas. Es interesante para la educación hacer notar que el niño posee una gran capacidad para la comprensión del ritmo.

3. *Anomalías de la percepción.*—Tenemos ahora que ocuparnos de algunas anomalías de la percepción que tienen gran importancia práctica y que todo el que se ocupe del niño debe conocer. Haremos de ellas dos grupos. Un primer grupo comprende los defectos de la sensación, es decir la carencia de todas o parte de las sensaciones de un sentido. Otro grupo está formado por la disminución de la finura de apreciación (acuidad) de un sentido. En el primer grupo hallamos primeramente la carencia de todas o de parte de las sensaciones del olfato, defecto que se designa con la palabra *anosmia*. Las anomalías más importantes del grupo se encuentran en el sentido de la vista y se llaman *cegueras para el color*. Todas las sensaciones visuales pueden reducirse a los tres pares siguientes: negro-blanco, rojo-verde, amarillo-azul. Del negro y el blanco se componen los grises, del rojo y el amarillo el anaranjado, del amarillo y del verde los amarillos verdosos, del verde y azul los azules verdosos. El púrpura se forma con azul y rojo. Considerando sólo los pares rojo-verde y amarillo-azul, claro es que la riqueza de los colores (exceptuando el negro, el blanco y los grises) depende de la existencia de dichos dos pares que permite surjan el anaranjado, el azul verdoso, el púrpura y los restantes colores compuestos. Si uno de los pares se pierde, ya no tenemos más que el rojo y el verde o el amarillo y el azul. Las *cegueras para el color* consisten en la pérdida de los dos o uno de los pares últimamente citados. Cuando no se ve más que el blanco, el negro y los grises tenemos el caso de la ceguera total para el color (1); el mundo se ve por el que la padece como un grabado, es decir meramente en *claro oscuro*. Cuando se pierde el par rojo-verde tenemos la ce-

guera para dichos colores, y por último, cuando no se perciben el amarillo y el azul, la ceguera para el amarillo y el azul. La menos frecuente es la total, y la más frecuente la del rojo y el verde. Todas son, en general, congénitas y hereditarias. Para su diagnóstico, que no es tan sencillo como parece, se emplean, entre otros métodos, las tablas *pseudoisocromáticas* de Stilling, que se hallan a la venta.

Existen defectos, aún poco conocidos, del oído, en virtud de los cuales no se posee la capacidad de la audición de la música, que se percibe como un ruido. Dichos defectos parecen ser congénitos, por regla general.

En cuanto a la finura de la apreciación de los sentidos, o acuidad, nos limitaremos a indicar dos problemas de importancia práctica. El primero de ellos se refiere a la sensación auditiva. Conviene muchas veces saber qué finura tiene el oído para percibir los sonidos o, dicho vulgarmente, si se oye bien o mal. Para averiguarlo se usa un procedimiento sencillísimo, que consiste en ir acercando al oído del niño un reloj que se sostiene con la mano hasta que aquél asegure oírlo. Cuanto más lejos se oye el reloj más acuidad auditiva, más finura de apreciación mediante el oído, posee el sujeto. Como fácilmente se comprende, la importancia pedagógica del problema es muy grande. El segundo problema que tenemos que indicar aquí es el de la acuidad o agudeza de la vista. Un sujeto que puede percibir visualmente figuras muy pequeñas tiene una vista aguda o una gran acuidad visual. La acuidad visual depende de anomalías del aparato del ojo, como la miopía, de aquí su importancia práctica. Los métodos empleados para su determinación consisten en láminas donde se hallan representadas figuras o letras en diferentes dimensiones. La máxima acuidad la posee el que a una distancia determinada ve todas las figuras o letras, y la mínima el que a la misma distancia sólo ve las letras o figuras dibujadas en el tamaño mayor. Las láminas citadas pueden adquirirse en las tiendas de óptica.

(1) Llamada así porque los psicólogos hoy día consideran como colores el rojo verde, amarillo, azul y sus compuestos, llamando sensaciones de claridad al blanco, el negro y los grises.

LA NATURALEZA DE LOS COMETAS

Los cometas, aparte de la forma de sus órbitas, no se presentan todos bajo idéntico aspecto. Los más de ellos son telescópicos y se confunden con las nebulosas. Se calcula que de cada diez cometas sólo uno es visible sin ayuda de antejo.

Pero aun entre los que por su magnitud debieran descubrirse a simple vista tiene que haber muchos que se sustraigan a toda observación por atravesar sus órbitas solamente durante el día la parte del cielo que está sobre el horizonte. Sólo por su coincidencia con algún eclipse total de sol ha podido advertirse la presencia de algunos de éstos, como la del citado por Séneca, que se dejó ver el año 60 anterior a nuestra Era, en medio del día a muy corta distancia del sol, merced a un eclipse de este astro.

También hay cometas tan brillantes que aun sin que coincidan con eclipses de sol pueden ser vistos a la luz del día. En el número de éstos deben incluirse los cometas de 1402 y 1532, y el que se presentó poco antes de la muerte de Julio César y que después de ella se consideró como su presagio. A fines de Febrero de 1843 se dejó ver desde Madrid y desde otros parajes, en medio del día un cometa brillantísimo muy cercano al Sol.

Aunque la mayor parte de los cometas, lo mismo los telescópicos que los visibles al ojo desnudo, se reducen a una nebulosidad de forma vagamente redonda, los que más atraen la atención son los que van acompañados de un apéndice luminoso llamado cola o rabo, a cuya circunstancia deben el nombre de *estrellas de rabo* con que vulgarmente se les designa, y también el de cometas, voz tomada de la lengua griega, en la cual significa *cabelludo*.

Los cometas de esta clase se componen de un punto luminoso semejante a una estrella o planeta, rodeado de una nebulosidad cuyo brillo va debilitándose desde el centro o núcleo hacia la periferia, nebulosidad que se prolonga, a la par que se abre o dilata formando la cola del cometa. Esa cola está situada generalmente en el plano de la órbita del cometa, y se dirige siempre hacia el lado opuesto a aquel en que el sol se encuentra, como si

partiese de este astro un soplo que la rechazase.

El diámetro aparente del cuerpo de un cometa, o sea, del núcleo y del nimbo nebuloso que lo envuelve, no es mayor de muy pocos minutos de arco de la esfera celeste en los cometas telescópicos; pero entre los cometas que se distinguen a simple vista, los hay cuyos cuerpos tienen dimensiones enormes. El del cometa de 1811 era tan voluminoso, aparentemente, como la luna llena.

Las colas de los grandes cometas cubren a veces enormes extensiones del firmamento. Nada menos que la tercera parte del cielo cubría la cola del cometa que se vió el año 371 antes de nuestra Era y del cual habla Aristóteles, y aún mucho más larga, pues se extendía sobre un arco de 104° , era la cola del cometa de 1618. La del cometa de 1680, que es el más célebre de los tiempos modernos y, por varias razones, el más notable de todos, aunque partiese de un cuerpo no mayor que una estrella de segunda magnitud, se extendía sobre un arco de 70° , o, según algunos, de 90° . También las colas de los cometas de 1811 y de 1843 eran grandísimas. La del primero ocupaba tanto espacio como la distancia que separa a la Tierra del Sol, y la del segundo era dos veces más grande.

Hay también cometas de varias colas o ramales divergentes de luz. El de 1744 tenía nada menos que seis, las cuales formaban como las varillas de un abanico y se extendían hasta una distancia de 30° , próximamente.

La materia de que están formados los cuerpos y los rabos de los cometas tiene que ser sutilísima, dado que no sólo se dejan ver a su través las estrellas, hasta las más pequeñas, sino que la luz de éstas no experimenta la menor desviación al atravesarla. Las nubes más ligeras que flotan en las altas regiones de nuestra atmósfera y que se presentan como inflamadas y teñidas de colores vivísimos por los rayos del sol poniente, deben ser consideradas como cuerpos macizos en comparación de la materia casi espiritual de que están compuestos los cometas. Así ha desaparecido ya el temor que hubo en un

tiempo de que chocase la Tierra con algún cometa. Hasta es de suponer que haya ocurrido más de una vez ese caso, como positivamente ha sido en varias ocasiones observado con el planeta Júpiter, el cual, así como sus satélites, parece destinado por una fatalidad extraña a salir al encuentro de los cometas y tropezarse con ellos en su camino. Se ha visto en tales casos modificarse la forma de la órbita del cometa bajo la atracción de Júpiter y de sus satélites, pero no experimentar la menor alteración las órbitas de éstos. Como ejemplo puede citarse el caso del cometa de 1770 cuya órbita era una elipse que recorrería el cometa en cinco años, y que por haberse enredado ese cuerpo con los satélites de Júpiter, se convirtió en una elipse de forma mucho más alargada, desmintiendo la predicción que conforme a cálculos basados en las dimensiones de la órbita primitiva hizo el astrónomo Lexell sobre su regreso.

La luz de los cometas al atravesar el prisma produce un espectro continuo más o menos débil, formado por tres bandas brillantes—amarilla, verde y azul—que coinciden con las producidas por los carburos de hidrógeno incandescentes, o rarificados e iluminados por efluvios eléctricos. Parece inferirse de ese hecho que todos los cometas se componen de hidrocarburos gaseosos llevados al estado luminoso por la acción del calor, o más bien por la de la electricidad, pues la luz de los cometas hasta cuando más distantes se hallan del Sol, presenta idéntico aspecto.

Los colores del espectro producido por la luz de los cometas, cuando es muy brillante, tienen la bastante intensidad para que puedan distinguirse en ellos las rayas de Fraunhofer, lo cual parece indicar que esa luz es, en parte a lo menos, reflejo de la del Sol.

También el análisis espectral aplicado a los cometas cuando se hallan muy próximos al Sol, ha demostrado la existencia en ellos de hierro, sodio, magnesio y otros metales conocidos en nuestra Tierra.

Otro hecho muy notable relativo a los cometas y que se ha observado en algunos, es su desdoblamiento o su subdivisión en varios; fenómeno que ha tenido a veces por término la completa desaparición del cometa.

El cometa de Biela, que fué visto por primera vez en 1826 y cuyo movimiento sobre su órbita elíptica, la cual fué perfectamente estudiada, tenía que efectuar en seis años y tres cuartos, próximamente, debiendo haberle vuelto a traer a nuestra vista en 1832, 1839, 1845 y 1852, se dividió en dos porciones en el curso de su aparición de 1845; siguió en la misma forma desdoblada, aunque con mayor separación entre sus dos partes en la de 1852, y no ha vuelto a presentarse en adelante.

El gran cometa de 1882 ha presentado también fenómenos curiosísimos. Se le vió dividirse en cinco o seis porciones y aparecer en sus cercanías tres cometas independientes que al principio no habían sido observados. En 1889 se dejó ver también un cometa que se dividió en cuatro cometas secundarios, uno de los cuales despidió tan intenso brillo como el cometa principal. El conjunto de esos cuatro cometas estaba envuelto en una nebulosidad que indicaba la conexión que había entre ellos.

No se ha podido hasta ahora averiguar la causa de esos raros fenómenos; pero se la supone íntimamente relacionada con la que da lugar a las *lluvias de estrellas*, fenómeno éste que viene siendo objeto de muchos estudios en nuestro tiempo.

La órbita del enjambre de estrellas fugaces conocido por las Andrómedas, coincide con la que debiera recorrer el desaparecido cometa de Biela; y la órbita del de las Perseidas con la de un cometa telescópico descubierto en 1862 y que parece efectuar su revolución en ciento veinte años. La observación de esta última coincidencia se debe al sabio astrónomo Schiaparelli.

CRISTÓBAL DE SEVILLA

REVISTA GENERAL

PRECIO DE SUSCRIPCION

UN AÑO, 6 PESETAS.—UN SEMESTRE, 3.50. PESETAS.

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTON LEROUX

RESUMEN DE LOS FOLLETINES ANTERIORES: Un académico francés, Francisco Gaspar Ozoux, y su sobrino Raimundo, llegan al puerto del Callao. Va el primero con una misión científica, a estudiar las antigüedades incaicas. El joven, ingeniero, más que el interés de su profesión, le lleva al Perú su amor por María Teresa, hija del marqués Cristóbal de la Torre, a la que conoció en París, donde ella se educaba. Vuelta al Perú, al morir su madre, se pone al frente de una explotación de guano, que rige con claro talento mercantil, mientras el bondadoso marqués, harto poco aficionado a quehaceres materiales, se dedica a vagos estudios históricos. Corre el ingeniero, dejando a su tío desembarcar con su impedimenta, en busca de María Teresa, a quien encuentra en su oficina. Por una colisión con los obreros chinos, acaba de despedir a sus empleados indios, el principal de los cuales, Huáscar, que pertenece a la casa desde los tiempos de la madre de María Teresa, es muy respetado por todos. Salen los jóvenes hacia el puerto para recoger a Francisco Gaspar, y María Teresa, por precaución, da aviso al inspector de policía de la marcha de los indios, cuya ausencia se advierte por todas partes. Pero se justifica por la proximidad de la fiesta del Interaymi, que los quichuas celebran cada diez años y que a la sazón tiene inactivos al ejército presidencial y a los revolucionarios del pretendiente García, porque uno y otro emplean tropas indias. Llegados al puerto, encuentran al académico francés.

Van juntos a Lima, y sigue preocupándoles la ausencia de indios. En una calle les corta el paso Huáscar, que, ante las preguntas de María Teresa, sigue haciendo protestas de amistad. El marqués Cristóbal de la Torre, su hijo Cristóbalito y dos ancianas, la tía Inés y la dueña Irene, reciben a los viajeros. Ellas refieren a Francisco Gaspar la supervivencia de las costumbres antiguas que exigen, en la fiesta del sol, el sacrificio de una joven de la raza conquistadora, a quien por eso llaman la «Esposa del Sol». A la elegida le envían antes, misteriosamente, una pulsera. Diez años antes, desapareció en tales circunstancias María Cristina de Orellana, de una de las principales familias. En esto un criado trae, certificada para María Teresa, una cajita en que está la pulsera de «La Esposa del Sol». Nadie sabe quién la ha enviado. Creen en la broma de algún pretendiente desdenado por María Teresa; pero éstos lo niegan. María Teresa, para tranquilizar a su padre, pide a Raimundo que diga que ha sido él quien envió la pulsera. Salen luego a visitar en los alrededores unas excavaciones famosas: Son las de la necrópolis de Ancón, y entre los restos humanos que hay en ella ven tres cráneos, de extrañas formas, uno como un pilón de azúcar, otro como un capacete y otro como una malleta, que son las que se imponían, desde niños, a los sacerdotes que habían de ser sacrificados. En la fonda, María Teresa, cree ver, al quedarse a solas en su habitación, los tres cráneos, sobre personas vivas, tras los cristales de su cuarto. Arroja al mar la pulsera del Sol, pero al otro día se despierta, horrorizada, con la pulsera otra vez en el brazo: una criada india dice que la halló en la playa y se la puso de nuevo a su señorita, que ya no se desprende de ella. Deciden pasar, embarcados primero y después en ferrocarril, a Cajamarca, con gran entusiasmo de Francisco Gaspar, que anhela ver la antigua ciudad inca. Un viajero, de tipo indio, pero vestido correctísimamente a la moda, trata conversación con ellos: es Huayna Capac Runtu, descendiente de los incas, y empleado a la sazón en el Banco francobelga de Lima, que va a la fiesta del Interaymi. Contemplando el paisaje, evoca la época de la conquista, en que un antepasado del marqués, a las órdenes de Pizarro, luchó con los antepasados suyos. El diálogo está a punto de hacer que vengan a las manos el indio y el marqués, cuando el tren llega al extremo de la línea. Hay que acampar de noche, para terminar a lomo de mula el viaje hasta Cajamarca. El indio desaparece, pero a media noche María Teresa le sorprende en coloquio con Huáscar, cuya presencia allí no sospechaban. Al otro día, de camino Huayna Capac vuelve a unirse a ellos y lo explica por el interés ante lo peligroso del trayecto, durante el cual vuelve él a sus evocaciones de la conquista. Los viajeros ven que Huáscar, a caballo, sigue por las cumbres la marcha del tren, hasta que llegan al valle de Cajamarca, y entran al anochecer en la ciudad. Allí, la afluencia de indios, prueba que las fiestas de aquel año han de ser muy solemnes. En la oficina de Correos, a donde van para indagar quién envió la pulsera del Sol de Oro, les dicen que fue «Atahualpa». Sol es el nombre del último rey inca, cuyo palacio van luego a visitar. Está lleno de indios, a quien habla un sacerdote, primero en Gnidma, y, al ver a los viajeros, en español, refiere la muerte del Atahualpa, la codicia y la crueldad de los conquistadores.

(CONTINUACION)

Los españoles observaban con curiosidad estos actos de vasallaje o mejor dicho de sumisión servil, que el Inca contemplaba con indiferencia, como si fuesen la cosa más natural del mundo; y formaron una idea muy elevada del carácter de un príncipe que, aún hallándose reducido a la impotencia, podía inspirar a sus súbditos tales sentimientos de respeto. Entre tanto, la estancia comenzaba a llenarse de objetos preciosos. Pero las distancias eran grandes y la recaudación se llevaba a cabo lentamente. La mayor parte de las remesas se componían de fuentes macizas, algunas de las cuales pesaban dos o tres arrobas. Algunos días, los indios entregaban objetos que valían 30

o 40 mil «pesos de oro», y a veces, cincuenta y hasta sesenta mil «pesos». Las codiciosas miradas de los conquistadores acariciaban los tesoros que los indios conducían sobre sus hombros y que depositaban a los pies de su infortunado monarca. ¡Pero, cuán grande era el espacio que aún quedaba por llenar! Como sus soldados comenzaban a impacientarse, Pizarro envió a su hermano Fernando a Cuzco con algunos jinetes y una orden del Inca. Y los peruanos tuvieron que despojar a toda prisa sus casas y sus templos.

Las planchas que los enviados de Pizarro arrancaron con sus propias manos del templo del Sol, ascendían a setecientas, y aun-

que no fuesen muy gruesas, las comparan por las dimensiones a la tapa de un baúl de diez o doce pulgadas de largo. El edificio estaba rodeado de una cornisa de oro puro, pero tan sólidamente embutida en la piedra, que desafió todos los esfuerzos de los conquistadores.

Los mensajeros, además de la plata, llevaban consigo doscientas "cargas" de oro completas. Gracias a ello aumentó de una manera considerable el tributo de Atahualpa; y aunque el tesoro quedase aún muy por bajo de la línea trazada, el monarca veía acercarse con satisfacción el momento en que al fin lograría ver reunido su rescate.

Los españoles no tuvieron paciencia para esperar ese momento. Por el reino corrían rumores de que iba a estallar una rebelión. Era preciso volver cuanto antes a Cuzco con los refuerzos que acababan de llegar de Panamá. Pero por nada del mundo hubiesen dejado los aventureros tras ellos semejante tesoro. Decidieron repartírselo.

Sin embargo, antes de proceder al reparto, era preciso reducirlo todo a lingotes de un valor y de un peso uniformes; porque el botín se componía de infinidad de objetos diversos en los que el oro alcanzaba muy distintos grados de pureza. Estos objetos consistían en cubiletes, aguamaniles, bandejas, vasos de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios para los templos y los palacios reales, losas y láminas para decorar los edificios públicos, imitación curiosa de plantas, la más bella era el maíz cuya espiga de oro aparecía encerrada en sus anchas hojas de plata, de las que pendía una bellota formada de hilos del mismo metal. Admirábase mucho también una fuente que lanzaba un brillante chorro de oro, en tanto que en el pilón, pájaros y animales del mismo metal jugueteaban en el agua. La delicadeza del trabajo, la belleza y la perfección del dibujo, excitaron la admiración de jueces más inteligentes que los groseros conquistadores del Perú (1).

Antes de destruir aquellas muestras del arte indio decidieron enviar a Carlos V algunos de aquellos objetos que se descontarían del quinto real. Darían una idea de la habilidad de los indios y constituirían al mismo tiempo una prueba de la importancia de la conquista.

Los encargados de fundir la vajilla fueron los orfebres del país, a los que de esta suerte obligaron a destruir su propia obra. Trabajaban día y noche; pero la cantidad de metal que había que fundir era tan considerable, que tardaron un mes entero. Cuando todo estaba reducido a lingotes, de un valor uniforme, los pesaron cuidadosamente bajo la vigilancia de los inspectores reales. Vióse entonces que el valor total del

oro era de un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve "pesos de oro", cantidad que, teniendo en cuenta el mayor valor del dinero en el siglo XVI, equivaldría en la actualidad a más de tres millones y medio de libras esterlinas, o sea un poco menos de quince millones y medio de dólares, es decir, "setenta y siete millones de francos".

La cantidad de plata se calculó en cincuenta y un mil setecientos diez marcos (1).

Efectuado el reparto de todas estas riquezas, el rey cautivo estorbaba a los conquistadores. Poner a Atahualpa en libertad era la mayor de las imprudencias. ¿Qué hacer entonces?... Entonces imaginaron una infamia. Primero acusaron al Inca de preparar disimuladamente la rebelión de sus súbditos contra los españoles en Cajamarca. Atahualpa respondió a Pizarro:

—¿No soy un pobre prisionero tuyo? ¿Cómo he de poder formar los proyectos que me imputáis, cuando yo sería la primera víctima si llegasen a realizarse? Y bien poco conocéis a mi pueblo si creéis que semejante rebelión puede estallar sin una orden mía, "pues en mis Estados, ni los mismos pájaros se atreven a volar contra mi voluntad" (2).

Pero estas protestas de inocencia no convencieron a las tropas, entre las que cada vez iba tomando más cuerpo el rumor de una sublevación general. Se decía que un ejército considerable había acampado en Guamachucho, a menos de cien millas del campamento, y que de un momento a otro podían ser atacados. El tesoro que los españoles habían reunido representaba un bonito botín, y el temor de perderlo acrecía su desconfianza.

Habían duplicado las patrullas y tenían los caballos constantemente ensillados y embriados. Los soldados dormían completamente armados y Pizarro recorría con frecuencia el campamento para ver si los centinelas estaban en sus puestos. En una palabra, el pequeño ejército se preparaba a rechazar un ataque repentino.

Pero los aventureros reclamaban, ante todo la muerte de Inca. Pizarro se resistió, o fingió resistirse a cometer semejante traición, pero al fin tuvo que ceder y el Inca fué juzgado.

Convicto de haber tratado de promover una insurrección contra los españoles, fué condenado a ser quemado vivo.

Cuando le comunicaron la sentencia, Ata-

(1) No hay memoria de que semejante botín—y en la forma más realizable, en dinero contante y sonante, por decirlo así—haya caído jamás en poder de una cuadrilla de aventureros como los conquistadores del Perú, y el hecho es tan increíble, que el autor de «La Esposa del Sol» no ha vacilado en dar acerca de él los anteriores detalles, que son muy poco conocidos, que no se han vulgarizado y que duermen bajo el polvo de las bibliotecas.

(2) Zárate, «Conq. del Perú, lib. II, cap. VII.

(1) Xerez, «Acta del Reparto del Rescate de Atahualpa», Herrera, «Historia General». Prescott, «Historia de la conquista del Perú».

hualpa se manifestó en extremo sorprendido. ¡Era joven, era valiente y tenía que morir!

Esta convicción tristísima abatió por un momento su valor, y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas: “¿Qué hemos hecho yo y mis hijos para merecer esta suerte? ¡Y me mataís vosotros—dijo dirigiéndose a Pizarro—, vosotros que sólo habéis encontrado en mi pueblo cariño y benevolencia, vosotros a quienes he entregado la mitad de mis tesoros, vosotros que sólo beneficios habéis recibido de mí!”

La sentencia del Inca fué proclamada a toque de clarín en la plaza de Cajamarca; dos horas después de ponerse el sol, los soldados se formaron en la plaza a la luz de las antorchas, para presenciar la ejecución. Era el 29 de Agosto de 1533.

“Atahualpa salió de esta sala cargado de cadenas! ¡El mártir pasó por esta puerta!”

El hombre rojo descendió nuevamente de su banco; iba, venía, señalaba el camino que siguiera Atahualpa al ser conducido al suplicio, en tanto que su acento se tornaba más solemne, más evocador que nunca. Había tenido la habilidad de callar todo cuanto en este lúgubre episodio que acabamos de transcribir podía hacer más potente la inmensa audacia de los “conquistadores” y la cobardía de los súbditos del Inca. Sólo había hablado de traición.

Al llegar a esta parte de su relato y referir cómo el desdichado monarca había subido a la hoguera, el orador se volvió bruscamente hacia el punto de la sala en donde el marqués Cristóbal de la Torre y sus compañeros permanecían inmóviles, aprisionados por la multitud. Y en aquel momento era evidente que hablaba para ellos, para los extranjeros. Su palabra tornóse amenazadora, profética.

—¡En verdad, en verdad os digo que serán malditos los hijos de aquellos cuya boca mintió! ¡Morirán como perros y no conocerán jamás los encantados palacios del Sol, los hijos de aquellos que han asegurado que Atahualpa, en el momento de morir, abjuró de nuestra santa religión! ¡El hijo del Sol permaneció fiel al astro del día!...

Y, en efecto, esta afirmación era, sin duda alguna, la expresión de la verdad. Todo lo que los testigos oculares cuentan acerca de Atahualpa, de su valor, de su carácter y de su impasibilidad, no concuerda en manera alguna con el relato de su conversión que nos han transmitido los frailes. Estos pretenden que cuando el Inca fué atado al poste del suplicio, rodeado por los haces de leña que habían de consumirle en breve, el dominico Valrude prometió al rey que si consentía en recibir el bautismo, la muerte cruel a que estaba condenado sería conmutada por la pena más dulce del “garrote”. Le estrangulaban antes que quemarle. Y Atahualpa consintió y recibió el nombre de Juan, en honor de San Juan Bautista, cuya fiesta se celebraba ese día.

En tanto que el indio protestaba de esta suerte y maldecía de los verdugos, en tanto que exclamaba: “Así murió el último rey de los Incas, como un vil malhechor!”; en tanto que señalaba como en un éxtasis la piedra en que Atahualpa había exhalado el último suspiro, un murmullo de cólera y de odio comenzaba a resonar en la vasta sala en torno a los extranjeros. Todos los rostros vueltos hacia ellos, tenían una expresión amenazadora. ¡Sin duda consideraban un sacrilegio enorme el atrevimiento de haber franqueado el dintel de aquel recinto en semejantes momentos! ¡Tantos siglos de esclavitud no habían logrado humillar sus frentes hasta tal punto que no pudiesen alzarlas en ciertos instantes, y parecía natural que ello sucediese en una circunstancia como aquélla!

¡DEJAD PASAR A LA VIRGEN DEL SOL!

Hombres, mujeres y niños, cuantos habían entrado en el recinto detrás de los jefes, se agrupaban en torno a la pequeña caravana en actitud tan evidentemente hostil, que Raimundo exclamó: “¡Es preciso salir de aquí!”

—¡Sí, salgamos, salgamos cuanto antes!—exclamó María Teresa.

El marqués se dignó consentir en ello, aunque le repugnaba manifestar temor, sucediese lo que sucediese. Cuando trataban de hacer avanzar a sus monturas, estalló a su alrededor un griterío espantoso, un inmenso clamor tristísimo de los indios que lloraban la muerte de Atahualpa. Y algunos puños se alzaron contra ellos.

La situación era de las más críticas.

Cristóbal gritó: ¡Adelante!

Y clavó el primero sus espuelas en los ijares de su mula, que se encabritó en medio de un tumulto espantoso y volvió a caer sobre la multitud que gritaba sin cesar.

Los cuchillos salieron de sus vainas y ya iba a correr la sangre, cuando en la sala se produjo una gran confusión. Un hombre de elevada estatura se abrió paso hasta la caravana, y todos se apartaron con respeto ante él. Empujaba a derecha e izquierda a los que no se apresuraban a hacerle sitio. María Teresa, Cristóbal y Raimundo reconocieron a Huáscar.

El indio se acercó a la mula que montaba María Teresa, a la que cogió por el freno, y su voz sonora dominó todos los rumores: “El que toque a la Virgen del Sol — exclamó —, es hombre muerto!” Al pronunciar el indio estas palabras, todos los puños, todos los brazos amenazadores volvieron a caer, y un gran silencio sucedió inmediatamente al griterío. Entonces oyóse de nuevo la voz de Huáscar: “¡Dejad pasar a los extranjeros!”

Y echó a andar delante de ellos.

(Se continuará.)

CURIOSIDADES

BOLCHEVIKI

Usase a diario en nuestros periódicos la palabra *bolcheviki* y es curioso conocer su origen. Una carta que publica el *Times* literario en su sección de correspondencia, lo indica tomándolo de un folleto que el señor Charushin publicó en Moscou en 1917. En 1903, señalóse en la segunda conferencia del Partido Social-Democrático ruso, una escisión al discutir los métodos que habían de adoptarse con respecto a la actividad revolucionaria. Al recaer votación, hubo una mayoría (Bolshinvo) y una minoría (Menshinvo) y a los unos se les llamó desde entonces *bolcheviks* y a los otros *mencheviks*.

LAS GRANDES CIFRAS

Pasaron los tiempos en que nuestros padres oían cantar aquello de "En Nueva York hay un tranvía"... En Nueva York, según cifras recién publicadas, hay todo esto que vamos a traducir con toda fidelidad. Advertimos que todo es absolutamente serio, con

esa seriedad que sólo puede dar la estadística, ciencia de las ciencias:

"Hay en Nueva York 38.000 fábricas, con un capital de ocho mil millones, que produce catorce mil millones. Hay, además, 1.600 iglesias, 250 teatros, 102 hospitales con 21.800 camas, 71 centrales de correos; 8.600 hectáreas de terreno repartidas en 192 parques y 1.500 hoteles. Hay 20.000 maestros y 800.000 alumnos; 10.700 agentes de policía, a los que se paga con 80 millones anuales; se dan 50 millones más a los bomberos. Cada día, llegan a Nueva York, por término medio, 300.000 viajeros; cada segundo, cuatro extranjeros, cada 47 segundos un inmigrante, y cada 52 segundos un tren. Se funda una sociedad cada media hora, y cada tres cuartos de hora se disuelve otra sociedad. Cada diez minutos es detenida una persona; cada diez y siete minutos nace una criatura; cada veintisiete minutos ocurre una defunción; cada treinta minutos se celebra una boda; cada dos horas se echan los cimientos a un edificio; cada tres horas se declara un incendio; cada dos horas hay un accidente mortal; cada ocho horas se pronuncia un divorcio."

LIBROS

FILOLOGIA

FERDINAND BRUNOT.—*Histoire de la langue française des origines à 1900*. Tomo V: *Le français en France et hors de France au XVIII^e siècle*. París, Colin, 12 fr. 50.

LITERATURA GENERAL

ARTHUR AND DOROTHEA PONSONBY.—*Rebels and Reformers*. Londres, Allen and Unwin, 6 s.

NOVELA, CUENTO, ETC.

V. EFTIMIU.—*Contes roumains*. Adaptation française de M. Varenne. París, Fasquelle, 3 fr. 50.

LÉON FRAPIÉ.—*Bonnes gens*. París, Flammarion, 3 fr. 50.

POESIA

J. DRIKWATER.—*Tides*. Londres, Lidgwick Jackson, 2 s. 6 d.

ALFRED DROIN.—*La Crêpe étoilée*. París, Fasquelle, 3 fr. 50.

ARTE Y SUS APLICACIONES

A. BENOIS.—*The Russian school of Painting*. New York, A. A. Knopf, \$4.

A. HAYDEN.—*Chats on old clocks*. Londres, Fisher, Unwin, 6 s.

F. E. HOWARD Y F. H. CROSSLEY.—*English Church woodwork. A Study in craftman-*

ship during the Medieval Period a. d. 1250-1550. Londres, Batsford, 30 s.

RELIGION

REV. F. W. BUSSELL.—*Religions Thought and Heresy in the Middle Ages*. Londres, Robert Scott, 21 s.

FILOSOFIA

EDMOND HOLMES.—*The Problem of the Soul*. Londres, Constable, 2 s.

BERTRAND RUSSELL.—*Mysticism and Logic, and Other Essays*. Londres, Longmans, 7 s. 6 d.

HENRY MAUDSLEY.—*Religion and Realities*. Londres, Bale Sons and Danielsson, 3 s. 6 d.

WILFRID LAY.—*Man's Unconscious Conflict. A Popular Exposition of Psycho-Analysis*. Londres, Kegan Paul, 7 s. 6 d.

DR. GUSTAVE LE BON.—*Hier et Demain*. París, Flammarion, 3 fr. 5 s.

DERECHO, SOCIOLOGIA.

W. E. HALL.—*A Treatise on International Law*. (Nueva edición). Londres, Milford, 24 s.

JEAN FINOT.—*L'agonie et la naissance d'un monde*. París, Flammarion, 3 fr. 5 s.